

AMÉLIE NOTHOMB

---

*El crimen  
del conde Neville*



---

ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

## Índice

Portada  
El crimen del conde Neville  
Créditos

Si al conde Neville le hubieran dicho que un día visitaría a una vidente, no se lo habría creído. Si hubieran añadido que sería para buscar a su hija fugada, este hombre sensible se habría desmayado.

Una especie de secretaria le abrió la puerta y lo condujo hasta una sala de espera.

–Madame Portenduère lo recibirá enseguida.

Era como estar en el dentista. Neville se sentó, muy erguido, y observó con perplejidad los motivos tibetanos que decoraban las paredes. Una vez dentro del gabinete de la vidente, lo primero que hizo fue preguntar dónde estaba su hija.

–La pequeña está durmiendo en la habitación de al lado –respondió la mujer.

Neville no se atrevió a decir nada: ¿acaso iban a exigirle un rescate? La vidente, una mujer de edad indefinida, enérgica, regordeta, de una extrema vivacidad, retomó la palabra:

–Ayer, pasada la medianoche, salí a dar un paseo no muy lejos de sus dominios. La luna brillaba como si fuera de día. Fue entonces cuando me tropecé con su hija, acurrucada en posición fetal, temblando de frío. Se negó a decirme nada. La convencí para que me acompañara: si se hubiera quedado allí se habría muerto de frío. Al llegar aquí quise llamarlo sin demora para tranquilizarlo: pero ella me dijo que era inútil, que usted no se había dado cuenta de su desaparición.

–Exacto.

–Así que he esperado hasta esta mañana para llamarle. ¿Cómo es posible que no haya notado la ausencia de su hija, señor?

–Cenó con nosotros y luego, como cada noche, subió a su habitación. Debió de salir cuando ya estábamos acostados.

–¿Cómo se comportó durante la cena?

–Como es habitual en ella, no dijo palabra, apenas comió y no parecía estar en su mejor forma.

La vidente suspiró.

–¿Y no le preocupa tener una hija en semejante estado?

–Tiene diecisiete años.

–¿Y se conforma con esa explicación?

Neville frunció el ceño. ¿Con qué derecho lo interrogaba?

–Entiendo que mis preguntas puedan resultarle chocantes, pero fui yo quien encontró a su hija en el bosque en plena noche. Hágase cargo de mi sorpresa. Le pregunté si tenía una cita romántica y ella me miró atónita.

–En efecto, no es su estilo.

–¿Y cuál es su estilo?

–No lo sé. Es una adolescente taciturna.

–¿Nunca ha pensado en proporcionarle ayuda psicológica?

–Es introvertida. No es ninguna enfermedad.

–De todos modos, se ha fugado.

–Es la primera vez.

–Señor, me sorprende verlo tan poco preocupado.

Neville reprimió la cólera que le producía verse juzgado por una desconocida. Esa mañana, cuando la vidente le había dado la noticia por teléfono, se había sentido trastornado. Pero no era la clase de hombre que muestra sus emociones.

–Debería ocuparme de mis asuntos, de acuerdo –añadió ella–. Pero tendría que haberla visto, tiritando, sola, en pleno bosque. Ni siquiera se había llevado una manta o un abrigo. Esta chiquilla me conmueve, parece estar tan a disgusto en su propia piel. Me pregunto si se interesa usted lo suficiente por sus vivencias.

Esta última palabra impactó al conde como si de una bofetada se tratara. No era la primera vez que se lo decían. De unos años a esta parte, y por oscuras razones, la gente ya no se conformaba con los términos *sentimientos*, *sensaciones* o *impresiones*, que no obstante seguían cumpliendo perfectamente su función. Además la gente debía tener vivencias. Neville era alérgico a este vocablo tan ridículo como pretencioso.

La vidente advirtió su irritación y creyó haber dado en la diana: en adelante aquel padre se tomaría más en serio sus responsabilidades.

Neville se levantó, con aspecto de considerar que ya había escuchado suficiente. La vidente se le acercó y le cogió la mano con un gesto de entusiasmo, como si quisiera darle a entender que estaba de su lado, pero al tocarle la palma cambió de expresión.

–Pronto dará usted una gran fiesta en su casa –dijo.

–Efectivamente.

–Durante esa recepción, usted matará a un invitado.

–¿Perdón? –exclamó el conde, palideciendo.

La vidente le soltó la mano y sonrió:

–No se preocupe. Todo saldrá de maravilla. Sígame, vamos a despertar a su hija.

Sin esa profecía de último minuto, Neville habría convertido aquel momento en un festival de efusiones. Pero, al entrar en la habitación, estaba más tenso que nunca.

Acostada en un catre, la joven no estaba durmiendo.

–Hola, papá –dijo pausadamente.

–Hola, querida. ¿Cómo estás?

Sin escuchar la respuesta, se dio la vuelta hacia la vidente con la esperanza de que los dejara solos. Ella, sin embargo, insistía en presenciar su reencuentro: estiraba el cuello y abría los ojos desmesuradamente.

Como si la escena no fuera con él, el conde se esforzó en hacer como que no existían ni aquella profecía ni aquella profetisa. Se acercó para abrazar a su hija, que parecía tan indiferente como de costumbre.

–Vámonos –sugirió él.

Fue entonces cuando Madame Portenduère quiso ofrecerles un pequeño desayuno, pero la pequeña la instó a desistir:

–Gracias, Madame. Pero mamá estará preocupada.

–Llámame Rosalba y tutéame, ¿de acuerdo?

–Sí –dijo ella con la expresión de estar deseando que ninguna de ambas posibilidades volvieran a presentarse.

–Si necesitas hablar con alguien, ya sabes dónde encontrarme –añadió la mujer, entregándole a la chica su tarjeta de visita.

Volvió a acompañar a Neville hasta su gabinete, como si aquel episodio le hubiera dado derecho a controlar su conducta.

–Debería usted mostrarse más cordial con su hija –dijo.

Él estaba a punto de protestar y decirle que si no se había mostrado así era culpa suya, cuando ella lo desconcertó con la siguiente pregunta:

–¿Por qué le pusieron un nombre así?

–¿Cómo así?

–No se le pone Sérieuse a una hija, vamos.

–¿Y por qué no? –dijo el conde pensando: «Bien se llama usted Rosalba.»

–No se es seria cuando se tienen diecisiete años.

–Comete usted un error gramatical. El impersonal implica invariabilidad.

La vidente asintió moviendo la cabeza:

–Creo que tiene usted un problema, señor.

–Basta, señora. Ha salvado usted a mi hija y le estoy sinceramente agradecido. Si le parece bien, lo dejaremos aquí.

Mientras conducía hacia el castillo, Neville tuvo que hacer un esfuerzo para comportarse como un padre que acaba de reencontrarse con su hija fugada.

–¿Hay algo que quieras contarme, querida?

–No especialmente, papá.

–¿Por qué te has escapado?

–Sólo quería pasar la noche en el bosque. La vidente me descubrió y dijo que había sido una fuga. De no ser por ella, habría regresado a mi habitación al amanecer y nadie se habría dado cuenta de nada.

–¿Y por qué no se lo has dicho?

–Se lo he dicho. Pero ella seguía en sus trece, para ella las adolescentes se fugan.

–¿Y por qué querías pasar la noche en el bosque?

–Para saber cómo era.

–¿Es la primera vez que lo intentas?

–Sí.

–Podrías haberte muerto de frío.

–Nunca pensé que llegaría a tiritar así en una noche de septiembre.

El conde pensó que no tenía nada que objetar a esa actitud:

–¿Sabes que a tu edad yo también pasé una noche en el bosque, igual que tú?

–¿Ah, sí?

–Si te parece bien, no se lo contaremos a tu madre. Se preocuparía.

–De acuerdo.

Orgulloso de haber mantenido una verdadera conversación con su hija, Neville se relajó hasta que se acordó de la profecía anunciada por la vidente. El primer domingo de octubre se celebraría la famosa garden party anual en los jardines del castillo de Pluvier. Era el acontecimiento social de esa remota región de las Ardenas belgas. Ni siquiera era posible plantearse la eventualidad de suspenderla. A Neville le aterrorizaba la idea de que fuera a matar a uno de sus invitados. Eso no se hace. ¡Y pensar que iba a cometer semejante barbaridad justo en la última garden party del Pluvier!

En efecto, la familia estaba arruinada y a partir del 2 de noviembre perdería su derecho a permanecer en el castillo. Precisamente por ello, Neville le otorgaba a aquella última garden party una importancia aún mayor, ya que daba por hecho que sería un homenaje al honor de la familia agasajar a sus huéspedes por última vez. No parecía que asesinar a uno de ellos fuera el mejor modo de conseguirlo.

Tuvieron un pinchazo. Ni el padre ni la hija sabían cambiar una rueda.

–Estamos a sólo dos kilómetros del Pluvier; seguiremos andando. Mandaré a tu hermano mayor a ocuparse del coche.

No hablar mientras conduces es normal y está incluso bien visto: se corresponde con la actitud de un conductor concentrado. No hablar mientras caminas junto a tu hija ya resulta más discutible. El conde se esforzó en encontrar algunos temas de circunstancias:

–Cuéntame tu noche en el bosque, querida.

–Al principio todo fue maravilloso. Una lechuza ululaba. El aire olía bien. Me tumbé sobre el musgo como si de una almohada de hojas muertas se tratara, escuché correr a los ciervos. Muy rápidamente, sin embargo, el frío se apoderó de mí y todo empezó a volverse hostil.

–Podrías haber vuelto, aunque sólo fuera para recoger una manta.

–Me había jurado a mí misma que no lo haría.

Él sonrió. Este tipo de desafío le parecía típico de la adolescencia.

–Y luego llegó madame Portenduère. Me ofreció su capa; es muy amable, aunque un poco..., no sé cómo decirlo.

–Creo que te comprendo.

–Ella andaba buscando unos champiñones especiales que sólo pueden recogerse después de medianoche.

–Vaya.

–Un secreto de vidente, seguro.

Neville recordó el consejo de aquella mujer: le había sugerido que se interesara por «las vivencias» de su hija. Deseó que Sérieuse no sufriera aquel tipo de traumas y se dispuso a intentarlo:

–Háblame de tus vivencias, querida.

–¿De mis qué?

–Tus vivencias.

El simple hecho de pronunciar aquella palabra le daba vergüenza.

–Perdona, papá, pero me parece una pregunta ridícula.



Más tranquilo, él guardó silencio.

A lo lejos, divisaron una de las torres del castillo, encajado en el corazón del bosque. El conde sintió que su hija compartía su misma emoción: ¡cómo amaban ese lugar! ¡Y cuánto sufrimiento les producía la mera idea de perderlo!

Lo más duro era que en adelante ya no podría defender aquel remanso de paz. En Bélgica no existe ninguna ley que proteja los monumentos históricos. Nada impediría a los futuros propietarios arrasarse esa construcción de 1799 y el viejo bosque de sus alrededores. Dejar de ser el propietario de aquel lugar de ensueño no era grave, pero que lo destruyeran, aunque sólo fuera a título de hipótesis, constituía un suplicio para ambos.

—Es triste, ¿verdad?

—Sí.

Añadir algo más les habría parecido indigno. Sabían que en esa época lamentar la pérdida del castillo familiar resultaba obsceno. Como solía recordar Neville, ya era admirable haber podido conservar el Pluvier durante tanto tiempo.

No obstante, seguirían conservando la casa al pie del castillo, la Aumônière, que en otros tiempos había sido el hogar de unos aparceros: no se convertirían en sintecho. Pero en caso de que el castillo y el bosque fueran destruidos, estarían en primera fila para presenciar el desastre.

–¿Dónde estabais? –preguntó la condesa al ver llegar a su esposo y a su hija.

–En misa –improvisó Neville.

–¿En misa? ¿Qué mosca os ha picado?

–He tenido vivencias –dijo Sérieuse.

–¿Y eso?

–Es broma –respondió el conde–. Oreste, hemos pinchado. Hemos dejado el coche en el arcén, a medio camino del pueblo. ¿Puedes encargarte tú?

El joven se marchó en el acto. Neville no daba crédito a tener por hijo a ese enorme y atlético pedazo de hombre de veintidós años, apasionado por la mecánica y tan a gusto con la vida moderna. Sentía el mismo desconcertado orgullo cuando veía a Électre, su hija de veintidós años, hermosa y encantadora, todo un compendio de virtudes. El único vástago en el que se reconocía era Sérieuse, torpe, taciturna y a disgusto en su propia piel.

Cuando le preguntaban por qué les había puesto Oreste y Électre a sus hijos mayores, él respondía sin pudor que eso ocurre en las mejores familias. Cuando le preguntaban por el nombre de la pequeña y se sorprendían de que no hubiera mantenido la coherencia de ponerle Iphigénie, él decía:

–Soy más tolerante con el parricidio y el matricidio que con el infanticidio.

Le sublevaba que le reprocharan esta cuestión. En una época en la que se bautizaba a los niños con los nombres más incongruentes, sus preferencias le parecían moderadas e incluso clásicas.

Pero el nombre por el que le habían criticado más fue el de su tercera hija:

–¿La seriedad le parece un valor digno de ser subrayado?

–Por supuesto. Además no he inventado nada. El nombre de Ernest significa serio.

–¿Y entonces por qué no le pusieron Ernestine?

–Ernestine es feo. Sérieux no es demasiado bonito, pero Sérieuse es magnífico.

–¿No le parece que así les da la razón a quienes dicen que los aristócratas llevan nombres impronunciables?

–Mire usted, mi esposa y yo nos llamamos Alexandra y Henri, como

cualquier hijo de vecino.

Pocas veces se había visto a un marido más enamorado que Neville. Tenía cuarenta años cuando conoció a esa mujer veinte años más joven. Se había enamorado de aquella chica de increíble belleza sólo con verla.

En aquella época, él dirigía el más prestigioso club de golf de Bruselas, el Ravenstein, donde no paraba de organizar eventos sociales. Sin ser rico, gozaba de una excelente reputación. Pero su vida sentimental era una sucesión de fiascos y se sentía condenado a acabar soltero.

–Siempre eliges a mujeres demasiado guapas para ti –le decían sus amigos.

Qué le iba a hacer si la belleza ejercía sobre él tanto dominio. Había intentado enamorarse de chicas de físico un poco más vulgar, como el suyo, pero en vano.

La belleza femenina era su droga dura: en presencia de una mujer hermosa, Neville entraba en un estado de levitación, la contemplaba sin cesar y sin llegar a acostumbrarse.

La belleza de Alexandra era todavía más espectacular que la de todas las jóvenes a cuyos encantos había sucumbido. Pensó que no tenía ninguna oportunidad con ella, pero se equivocaba. En la segunda cita, ella exclamó:

–¡Me gusta usted! ¿Nos tuteamos?

Entre otras cualidades, Alexandra desbordaba de entusiasmo. Henri se enamoró locamente. Su familia no compartía su pasión por aquella chica originaria de la nobleza más discreta.

Su padre, Aucassin Neville, un personaje rimbombante, se opuso a su matrimonio:

–Te prohíbo que te cases con esa chica. Te estoy haciendo un favor: sólo la amas por su belleza. Cuando deje de ser hermosa, me lo agradecerás.

Henri resistió. Estábamos en 1990, y consideró que no necesitaba ninguna autorización paterna para casarse. Quería y respetaba a su padre, pero le indignaba que rechazara a Alexandra por una cuestión meramente nobiliaria.

El banquete de boda se celebró en los suntuosos jardines de Ravenstein. Henri y Alexandra ya llevaban cuatro años enamorados, se trataba de un amor seguro. Eso no impidió que Aucassin augurara que aquella unión acabaría mal. Falleció poco tiempo después.

Neville se felicitaba por haberse saltado la prohibición paterna: casarse con Alexandra había sido la mejor iniciativa de su vida. Aucassin se había equivocado en todo: Henri no se había enamorado de su mujer sólo por su belleza, y ésta no había dejado de aumentar. A sus cuarenta y ocho años, Alexandra deslumbraba todavía más que cuando tenía veinte. Su perpetuo buen humor se contagiaba a todos cuantos frecuentaba, empezando por él: sin ella, se habría hundido en una melancolía a la que se sabía propenso.

Amaba a su esposa mucho más que el primer día. Oreste y Électre habían heredado su belleza. «Si hubiera acertado en todo como con mi matrimonio, sería el más feliz de los hombres», pensaba.

No estaba lejos de serlo. Por desgracia, la suerte no siguió acompañándolo. El haberse comportado de un modo tan escrupulosamente honesto en el cargo de director del selectísimo Ravenstein le impedía ser el millonario en el que cualquier otro en su lugar se habría convertido.

Jubilado desde hacía tres años, por más que había reducido su tren de vida, no pudo impedir lo ineluctable: tenía que vender el castillo.

—¡Si por lo menos supiéramos a quién! —decía.

En aquel período de crisis casi todos los miembros honestos del mundillo aristocrático vendían sus castillos: los Kettenis habían vendido Merlemont, los Nothomb acababan de poner a la venta el Pont d'Oye, etc. Neville esperaba que el Pluvier conociera la misma honrosa suerte de Merlemont, que había sido adquirido por otra familia de la nobleza belga: como la inmensa mayoría de familias de ese entorno estaban emparentadas, a los Kettenis no les había parecido que les arrebataban su feudo.

Pero seguía siendo indispensable que alguien respetable deseara adquirir el Pluvier. Y no resultaba fácil. A su favor, el Pluvier sólo contaba con su belleza y su encanto. Por lo demás, bastaba un simple vistazo para diagnosticar sus inconvenientes: el techo se hundía y el edificio respiraba incomodidad y fragilidad. Era como intentar buscarle marido a una joven poco agraciada. «Eso se negocia», pensaba Neville para darse ánimos.

Por desgracia, sabía que el desenlace de la historia no dependería de sus buenas intenciones. Si el único comprador que se presentaba era un capo de

la mafia rusa, él no estaría en disposición de hacerse de rogar. Se consolaba pensando que un oscuro castillo perdido en lo más profundo de las Ardenas belgas no corría el peligro de interesar a mafiosos moscovitas.

Su peor temor seguía siendo que el Pluvier fuera adquirido por una cadena de comida rápida que arrasara con los viejos muros y con el bosque para construir un restaurante, un parking y una zona de juegos a la gloria de Disney.

Con sólo pensarlo, a veces Neville se despertaba en mitad de la noche con el cuerpo empapado en sudor. Entonces su desconcierto era tan profundo que, para superarlo, imaginaba la garden party del 4 de octubre: sí, la última fiesta que organizaría en el Pluvier sería magnífica. Tendría el desgarrador esplendor del canto del cisne. Haría un día espléndido, como suele ocurrir por esos lares el primer domingo de octubre. Las hayas que rodeaban los muros del castillo exhibirían esa incipiente rojez más conmovedora aún que la plena juventud. La luz otoñal sublimaría el inefable color cresta de gallo de la fachada, ese que los potenciales compradores solían condenar con un expeditivo «¡Habrà que repintar!» que despertaba en Neville deseos homicidas.

Aquel mensaje regresaba a su mente una y otra vez. «Durante esa recepción, usted matará a un invitado», le había dicho la vidente.

«Esa profecía me recuerda algo», pensó Henri. De repente se acordó de un cuento de Oscar Wilde que contaba una historia parecida. La biblioteca del Pluvier estaba tan desordenada que encontrar un libro allí era un milagro.

Neville prefirió acercarse a la librería del pueblo. En el catálogo de la editorial Folio localizó el título de Oscar Wilde: *El crimen de Lord Arthur Savile*. Al librero le quedaba un ejemplar. Al regresar a casa, Henri se encerró con el libro y lo devoró. En su juventud, lo había leído con un sentimiento de hilaridad: ahora comprendía toda la gravedad de su argumento.

A punto de casarse con la hermosa Sybil, de la que estaba locamente enamorado, y en el transcurso de una fiesta en Londres, Lord Arthur Savile hizo que un famoso quiromántico le leyera la mano, y éste le anunció que iba a cometer un crimen. Víctima de la desesperación, Lord Arthur se pasó toda la noche dándole vueltas antes de suspender su boda. Tenía que librarse del trabajo sucio antes de unir su destino al de la mujer que amaba. No contaremos aquí las peripecias de aquel noble inglés, atrapado entre las

exigencias contrarias al deber, a la etiqueta y al amor, para preservar el placer de lectura de los más que probables numerosos interesados.

«¡Y pensar que me reí de ese pobre Lord Arthur!», pensó Neville al cerrar el libro. «Además, mi caso es mil veces peor que el suyo. Él sólo sabe que tendrá que matar a alguien. Eso le puede ocurrir a cualquiera, por accidente o por mil otras razones perfectamente defendibles. Yo, en cambio, ¡voy a matar a alguien mientras se celebra la recepción que estoy dando!»

Haber dirigido el Ravenstein durante cuarenta y dos años dotó a Henri del arte de recibir. En su círculo, sus funciones consistían sobre todo en organizar veladas: uno acudía al Ravenstein aunque el golf le importara un bledo. Citarse en el Ravenstein era el colmo de lo chic. El restaurante del club era famoso, y la atmósfera del bar desprendía un anacrónico encanto. Pero el punto fuerte eran los jardines, y Neville era un maestro en la particular distinción de las garden parties.

Al final de su carrera, calculó que habría recibido a unas mil personas por mes. Por esa razón resultaba natural que hubiera mitificado la figura del invitado. En el seno de la especie humana, Henri consideraba a los invitados como los elegidos.

El invitado era esa persona a la que uno esperaba en su casa desde siempre, cuya llegada se preparaba con sumo cuidado: había que planear las ocasiones de agradarle y evitar cualquier detalle que pudiera suponer la más mínima molestia. Por eso mismo era necesario conocerlo, informarse respecto a sus gustos sin llevar este examen demasiado lejos, por temor a poner en evidencia una curiosidad fuera de lugar.

Si sólo se hubiera tratado de gustos alimentarios o preferencias particulares, semejante orquestación ya habría resultado difícil de por sí. Pero lo esencial seguía siendo la compañía: era necesario que los otros invitados estuvieran en sintonía con el invitado. El estudio de las compatibilidades era un asunto casi entomológico: a veces se podía llegar a creer que a tal o a cual invitado le encantaría contar con la presencia de tal otro y más tarde, durante la recepción, descubrir que se odiaban, ya fuera porque ese sentimiento se hubiera revelado de un modo repentino, ya fuera a causa de algún episodio desconocido en sus relaciones, lo que, en sí mismo, ya constituía un fallo.

Todo esto equiparaba al invitado a una especie de mesías. El culto que se le profesaba resultaba casi tan complicado como el que se reservaba a Cristo: pero así como los mandamientos de este último ya estaban relativamente

claros, los del invitado siempre se le escapaban al anfitrión más escrupuloso, sin convertirlo, en caso de olvido, en un juez más indulgente. Si, inocentemente, se le ocurría decir: «Querido amigo, ¿ha leído la última novela de Modiano?», el invitado podía responder: «Pero ¿cuántas veces tengo que repetirle que nunca leo novelas?» En ese momento el anfitrión se estaba declarando culpable de haber olvidado una conversación anterior.

En caso de producirse este tipo de desliz con excesiva frecuencia, la sanción se convertía en algo inminente: el invitado daba muestras de disgusto. Sólo apreciaba a medias la recepción y puede que también a su anfitrión. Su llegada no había sido preparada con el rigor suficiente, y esa falta de tacto podía resultar fatal y podías darte por satisfecho si aceptaba volver a ser tu invitado. Otros errores de este tipo y acabarías recibiendo la fatídica nota: «El barón F. de C. le agradece encarecidamente su amable invitación. Por desgracia, un compromiso anterior le impide aceptar...» Y luego te enterarías de que la misma noche en la que tenías la intención de recibirlo, el barón había aceptado una invitación que le había llegado con posterioridad a la tuya.

A Henri le resultaba escandaloso que se pudiera hablar de invitados de honor. Este horrible pleonasma daba a entender que un invitado podía beneficiarse de una determinada condición. Por supuesto, sabía que no se recibe igual al rey que a unos amigos de la infancia. Precisamente por eso, él acogía a todos con la consideración que en la antigüedad se reservaba a los sátrapas.

Por suerte, tantos esfuerzos no habían sido en vano. Neville se había convertido en un maestro en el arte de hacer felices a sus invitados. En esta materia, su mejor profesor había sido el rey Balduino, a quien, a principios de los años ochenta, Henri había recibido en el Ravenstein. En el transcurso de aquella memorable velada, había observado la conducta del rey con todo lujo de detalles. Éste se dirigía a cada una de las personas como si se tratara del ser al que siempre había deseado conocer: bebía sus palabras con la más fervorosa de las atenciones. A Neville le impresionó sobremanera tan noble deferencia y se prometió a sí mismo no tener jamás ningún otra referencia inspiradora, no porque se considerara capaz de igualarlo, sino porque le había proporcionado la oportunidad de entrever el Grial del don de gentes.

Precisamente por eso, la profecía de Rosalba Portenduère equivalía para él a la aniquilación de su fe y de su arte. Era como decirle a un chef de cocina

que en su próxima prestación importante cometería un error en uno de los platos que lo han elevado al rango de leyenda. Peor aún: que serviría un alimento envenenado que mataría a la estrella de la crítica gastronómica.

Si uno de sus amigos hubiera sido el destinatario de una profecía semejante y se la hubiera contado, Henri habría estallado en una carcajada y, con la mayor de las convicciones, le habría aconsejado no creer en semejantes historias de mujeres. Desgraciadamente, él era casi como todo el mundo: sólo creía en las predicciones que le atañían personalmente. Incluso el más cartesiano de los escépticos cree en su horóscopo.



–¿Qué es esto que me han dicho? –dice Alexandra, entrando en el despacho de su marido–. ¿Sérieuse se ha fugado?

–Acabo de verla por la ventana hace apenas un minuto.

–No ahora. Ayer por la noche. Te lo ruego, Henri. Acaba de telefonarme la vidente.

–¡Qué pesada!

–¿Por qué? ¿Porque ha salvado a nuestra hija?

–No la ha salvado, Sérieuse quería experimentar una noche bajo las estrellas.

–No me digas que la alientas en este tipo de iniciativas.

–No las desapruedo. A su edad yo hacía lo mismo.

–Es peligroso.

–Mucho menos que salir por la ciudad. Y por una vez que Sérieuse tiene una actitud que se corresponde con su edad, lamento que esta señora Portenduère se haya entrometido.

–¿Hubieras preferido que pasara toda la noche en el bosque?

–Sí. Resulta formativo y poético. ¡Y esa mujer que me llama a la mañana siguiente para anunciarme la fuga de nuestra hija! ¡Qué vocabulario más idiota!

–¿No te ha preocupado?

–Claro que sí, precisamente por eso. Una fuga, enseguida imaginas algo muy grave. Sérieuse me ha contado su versión de los hechos. No hagas caso a esa vidente, te lo ruego. Tristán e Isolda tenían la misma edad que nuestra hija cuando se citaban por la noche en el bosque.

–¡Si por lo menos tuviera un Tristán!

–Todo llegará.

Alexandra abandonó el despacho suspirando. El conde y la condesa compartían una profunda decepción respecto a su tercera hija.

Sérieuse, sin embargo, había sido su mayor orgullo. Nunca habían visto a una niña tan vivaracha, inteligente y alegre. No era tan guapa como sus hermanos mayores, pero era formidable. Regresaba de la escuela con unas notas extraordinarias, acaparaba comentarios espectaculares, escribía obras

de teatro en las que conseguía que todos los alumnos de su clase tuvieran un papel, daba la impresión de tener un ilimitado apetito vital.

Por si eso fuera poco, era afectuosa con los suyos, mimaba a sus padres y a su hermano, le hacía bromas a su hermano con adorable malicia; en definitiva, nunca habían conocido a una niña tan simpática y con un futuro tan prometedor.

Hasta que, a los doce años y medio, de la noche a la mañana, sin motivo aparente Sérieuse se apagó. Ya no se la volvió a oír. Se volvió mustia, retraída, solitaria, desprovista de impulso vital. Sus resultados escolares pasaron de excelentes a mediocres. Peor aún: parecía no interesarse por nada. No salía de su cuarto, donde leía a los clásicos sin cesar, aparentemente vacía.

Alexandra le había preguntado a su hija si le había ocurrido algo. Con fastidio, ella le había respondido que no. Como su madre insistía, acabó diciéndole que crecer la fatigaba. La condesa no insistió y le transmitió estas palabras a su esposo.

—¿Qué te parece? —preguntó él.

—A veces la adolescencia estropea a determinados niños. Hasta los doce años, mi hermana Béatrice era petulante, divertida, brillante. Y, al igual que nuestra Sérieuse, al llegar a la pubertad se convirtió en la persona más triste que hayas conocido jamás.

A Henri le impactó la naturalidad con que su esposa describía aquella metamorfosis. La idea de que su querida hija mutara en una criatura depresiva como su tía Béatrice le horrorizaba. Prefirió no seguir con aquella conversación y mantener la esperanza de que algún día Sérieuse se libraría de lo que parecía ser una maldición.

Ésa era otra de las razones por las cuales la fuga de la joven despertaba cierta simpatía en él. Por primera vez en cinco años, la adolescente había dado señales de vida. Henri deseaba ver en ello el síntoma de un despertar.

Decididamente, aquella vidente le horrorizaba: interrumpía la aventura de Sérieuse, predecía que él mataría a un invitado en la garden party, volvía a llamar para advertir a Alexandra de que su hija se había fugado. ¿Por qué no se metía en sus asuntos? Nadie le había pedido nada.

Irritado, cogió una tarjeta y escribió a la dirección de Rosalba Portenduère:

Madame:

Llamó usted a mi esposa. Le estaría sumamente agradecido si no volviera a hacerlo.

Por otra parte, si después de medianoche se vuelve a cruzar con mi hija por el bosque, sepa que ella cuenta con mi autorización para comportarse así, déjela tranquila.

También añadiré que sus profecías no son bienvenidas.

Con mis vivencias más irritadas,

Henri Neville

Envió aquella carta con la satisfacción del deber cumplido.

«¿Por qué inventar el infierno cuando existe el insomnio?», se preguntaba el conde.

Se había acostado a medianoche, se despertó una hora más tarde cubierto por una gélida capa de sudor, y no había vuelto a pegar ojo. A las cuatro de la madrugada, torturado por la angustia, se levantó, se puso un gabán encima del pijama y salió.

«¡Y pensar que lamentaré este día! Estamos en octubre. Es el último mes de mi vida que transcurrirá en el Pluvier. ¡Si por lo menos no estuviera tan unido a esta maldito edificio!»

Caminó hasta el final del jardín y se sentó sobre un banco empapado de escarcha. Frente a él, el castillo, recortado en la noche aún negra. Henri lo conocía hasta el punto de distinguirlo mejor así que después del amanecer.

«Sí, amor mío, voy a dejarte. Si hubiera sido deshonesto, habría tenido mil y una ocasiones de forrarme y no me vería obligado a venderte. Sé que a todo el mundo le parezco ridículo, pero para mí el honor no admite la posibilidad del robo.»

El bosque oscuro le hacía sentirse rodeado de siluetas que, cuando era niño, solía comparar con soldados. Un ejército no le habría venido mal para contener el avance de los invasores que pretendían saquear aquellos lugares sagrados.

«¡La buena vida! ¡Si la gente supiera en qué consiste! Por tu culpa, amado mío, me morí de hambre hasta cumplir los dieciocho y me morí de frío todos los inviernos, y ¡Dios es testigo de que aquí el invierno dura seis meses! Aciertan los que dicen que el odio es lo más cercano al amor. Te odié cuando, en el invierno de 1958, mi hermana Louise murió casi sin poder ser atendida, yo tenía doce años y ella catorce, no teníamos derecho a pronunciar el nombre de su enfermedad pero la malnutrición y el frío la habían agravado; antes de la edad adulta nunca comí carne roja, y conviene precisar que no fue eso lo que me rompió el corazón. Y sin embargo mi padre Aucassin quería locamente a Louise, era simplemente incapaz de cambiar de vida, de dejar de sacrificarlo todo para aparentar, de no recibir fastuosamente a la Bélgica

aristócrata una vez al mes, aunque el resto del tiempo tuviera que pasar estrecheces.»

Estremeciéndose, Henri se acordó de la familia reunida alrededor del cuerpo gélido de Louise, su madre llorando, las hermanas pequeñas mirándolo todo sin comprender nada y su padre sollozando y diciéndoles: «Ahora tú eres el mayor.»

«Yo no soy como Aucassin. Aunque el arte de la recepción me obsesione, nunca he sacrificado por ti el bienestar de los míos. Tras la muerte de Louise, intenté perder el gusto por ti, amor mío, asesino de mi hermana, pero no lo logré. Habitarte no es vivir sino defenderte: defenderte como los asediados defienden una ciudadela. Eso fue lo que comprendí con doce años. Louise había muerto en una batalla que duraba desde que los Neville pusieron sus miras en esta tierra del Pluvier. He mantenido este lugar desde mi nacimiento hasta hoy. Con sesenta y ocho años, pierdo una guerra que empezó antes que yo.»

Sin embargo, había amado su infancia en aquel lugar. En compañía de Louise, ¡cómo habían jugado en las galerías subterráneas, cómo habían explorado el inmenso bosque! Aucassin era abogado. En el tribunal de Arlon, se había distinguido defendiendo a una envenenadora. Durante el juicio, en un famoso alegato, había recurrido a un argumento insólito:

–Señores del jurado, estoy convencido de la inocencia de esta mujer y lo demostraré con una prueba: si la declaran inocente, juro solemnemente ante ustedes que la contrataré como cocinera para mis cuatro hijos.

Muy impresionado, y por unanimidad, el jurado declaró que la acusada no era culpable, y Aucassin cumplió su palabra: Carmen Euvelot recibió el título de cocinera del Pluvier. Por prestigioso que fuera, aquel puesto no le acarreo demasiado trabajo: no había casi nada que cocinar. Sin carga metafórica alguna, puede decirse que los Neville vivían a pan y agua. Una vez al mes, Carmen preparaba unos lujosos canapés para las suntuosas garden parties. Le rompía el corazón ver a los cuatro niños a punto de desmayarse mirando los canapés que tenían rigurosamente prohibido tocar.

Durante las recepciones, a los invitados les maravillaba la esbeltez de sus anfitriones. Sin pudor, Aucassin decía:

–Es la delgadez de los Neville. De casta le viene al galgo.

Que aquella declaración se viera desmentida por los retratos de

antepasados gordos y entrados en carnes colgados en las paredes de todas las habitaciones no le afectaba lo más mínimo.

Sin embargo, Henri conservaba un recuerdo fascinante de aquellas celebraciones mundanas porque, cuando los invitados se marchaban, los niños tenían permiso para abalanzarse sobre los restos. Aquello era un sálvese quien pueda.

Hasta cumplir los dieciocho años, sólo había comido huevos, pescado o, una vez al mes, el jamón de los canapés. Aquellos alimentos le parecían dignos de un faraón, por la noche soñaba con ellos.

Escuchaba cómo Louise le decía:

–Toma el salmón y el jamón y déjame los huevos, ¡es lo que más me gusta!

Mucho tiempo después de su muerte, conservó la costumbre de reservar los canapés de huevo destinados a su hermana mayor, de la que acabó por convertirse en el viudo.

A los dieciocho, Henri se marchó a estudiar derecho a la Universidad de Namur. En el comedor, descubrió que podías darte un atracón de platos cuya existencia ignorabas y no se privó de hacerlo. Sus condiscípulos lo miraban con desprecio:

–¿Cómo puedes comerte esa mierda que ni siquiera los perros probarían?

A Henri no le importaba. Dejar de tener hambre a todas horas bien valía algunas burlas. Fue en aquella época cuando se volvió amablemente regordete. Y ya no dejó de serlo.

Más tarde, a menudo oyó decir a otros:

–Vosotros, que nunca habéis pasado hambre, no sabéis cómo llega a acorralar la pobreza...

Neville no respondía jamás a semejantes comentarios. Aucassin nunca le habría perdonado confesar la verdad. Para explicar la muerte de Louise, la familia se refería a una meningitis fulminante. A diferencia de la enfermedad innombrable, la meningitis tenía la ventaja de no sugerir miseria.

En el transcurso de este último insomnio, el conde había revivido todo eso hasta la tentación del odio.

«¿A quién odiar? ¿A mi padre, el castillo? ¿Quién era el propietario de quién? ¿Quién mató a mi hermana? Mi padre era el producto de su propio entorno, no era capaz de inventarse otra vida que no fuera aquella para la que había sido educado. De adolescente, lo maldije, pero no elegí un camino

distinto al suyo. Tuve una carrera más prestigiosa, los míos no conocieron la miseria: dicho esto, con el ejemplo de Aucassin, siempre me comporté como si el objetivo de la existencia consistiera en recibir a nuestros iguales.»

Su padre, sombrío, taciturno, colérico, se transformaba durante las recepciones en un hombre expansivo y dicharachero, risueño y gracioso; su madre, timorata, mutaba de repente en una mujer de mundo, bien vestida y desenvuelta. Por todas estas razones, cuando era niño él adoraba las garden parties y también Louise, que las llamaba los días de locura.

Se metía entonces en la cama de su hermano pequeño y le decía:

–Levántate, hoy es día de locura. Voy a ponerme un vestido bonito y tú un traje, mamá me peinará. Habrá candelabros y flores, música, seré la princesa y tú serás el príncipe. Y cuando los invitados se hayan marchado, ¡comeremos las mejores cosas del universo!

Henri había heredado de Aucassin el arte de la recepción, es decir, de transformar un simple acto mundano en una extravagante velada en la que durante unas horas te convertías en el soberbio personaje que por absurdas razones no eras habitualmente.

Por haber sido muchas veces invitado por otros, Neville enseguida se dio cuenta de la originalidad de su talento: salvo algunas excepciones, las otras familias no sabían ejercer como anfitriones. Uno se encontraba atrapado en salones sobrecalentados, entre ancianos maquillados o viejas chillonas, tenías que pelearte para llegar a alcanzar una copa de dudoso vino o un pedazo de pan y un plato de cartón que renunciabas a llenar de alimentos sin clase alguna, te cruzabas con gente con la que te avergonzaría que se te relacionara.

No era casual que la garden party del Pluvier constituyera el acontecimiento mundano más importante de las Ardenas belgas desde hacía tiempo: durante una tarde de domingo, resultaba posible creer que pertenecías a un entorno quimérico que merecía el nombre de nobleza, que el sublime verso «¡Oh temporadas, oh castillos!» tenía sentido, que la vida consistía en bailar elegantemente con hermosas y misteriosas damas cuyos pequeños pies apenas rozaban el césped del jardín.

Él mismo, para no ser tan idéntico a su padre, sabía que destacaba en el arte de recibir: ya no era ese hombre excesivamente sensible que no se atrevía a hablar con su propia hija, se convertía en el conde Neville, un estimado aristócrata de conversación brillante, modales delicados, humor exquisito, capaz de hacer sentirse cómodos a los invitados más difíciles.

El conde era un buen anfitrión porque le gustaba recibir.

Sin embargo, conocía el horror de las veladas que no cuajan, del escándalo causado por la presencia de un invitado incompatible con el humor del lugar. Pero cuando se alcanzaba la armonía prevista, Neville experimentaba la indescriptible felicidad del coreógrafo que asiste a su ballet y se mezcla con los bailarines, maravillado de haber logrado introducir belleza allí donde su especie sólo esperaba la violencia original.

¿Había que anular la fiesta por una profecía de asesinato? Imposible. Más impensable aún por cuanto se trataba de la última recepción que organizaría el conde. No se puede ejercer de anfitrión sin contar con un lugar adecuado: y el Pluvier, al igual que el Ravenstein, era ideal para eso. En adelante, Neville se vería privado de esos escenarios. Desde luego no recibiría en la Aumônière, humilde casita del jardín pequeño.

La garden party del 4 de octubre de 2014 sería su última obra de arte. A la manera de esos cineastas que anuncian con estruendo que después de una nueva película dejarán de rodar, el conde quería dar la campanada.

«Por desgracia, si matas a un invitado durante la recepción, ése es el resultado que alcanzarás, en efecto, y ésa será tú última garden party porque después estarás en la cárcel.» La perspectiva del encarcelamiento le molestaba infinitamente menos que la torpeza.

De repente, se le ocurrió una idea que le pareció excepcional: bastaba con elegir a cuál de los asistentes iba a matar. ¡Pues claro! Cuando recibes a centenares de personas, no sientes aprecio por todas ellas. Incluso cabe la posibilidad de que detestes a cierto número de ellos en cuya posible desaparición a veces has llegado a pensar, no sin deleite.

Esta perspectiva salvadora le hizo tan feliz que se levantó para esbozar unos pasos de baile. «Desentierro el hacha de guerra», pensó.

Mientras tanto había amanecido. El Pluvier le pareció más sublime que nunca.

«Amor mío, la última fiesta que ofreceré en tu reino pasará a la historia», le murmuró el conde al castillo.

Regresó a casa, preparó el desayuno y se lo subió en una bandeja a su esposa, que todavía dormía.

–Eres el mejor de los maridos –le dijo ella sonriendo.

–Quiero serlo todavía más, querida. Dime, ¿hay alguno de los invitados del 4 de octubre al que desearías ver muerto?



–¿Estás pensando en anular alguna invitación, mi amor?

–Al contrario.

Alexandra se sentó en la cama y se sirvió una taza de café.

–El mes pasado, cuando acudimos a la fiesta de los Wouters, Charles-Édouard van Yperstal tuvo el descaro de decirme que todavía era hermosa. Ese «todavía» me sentó fatal.

–¡Menudo canalla!

–¿Has invitado a Charles-Édouard?

–¿Acaso era posible no hacerlo?

–Pues ya tienes tu respuesta.

Henri se instaló en su despacho y revisó la lista de invitados del 4 de octubre. Había allí personas a las que detestaba cordialmente. No olvidaba la sugerencia de su esposa por espíritu caballeresco, pero Charles-Édouard van Yperstal le parecía alguien más bien simpático, comparado con los Gérard de Malmédy-Strohange o los Van Steenkist de Buscheere.

Marcó con un lápiz cada nombre que le disgustaba. Luego revisó el resultado y contó hasta veinticinco individuos abyectos. Le parecieron pocos. «¡Yo soy de los que aman, no de los que odian!», pensó, regodeándose en el placer de citar la *Antígona* de Sófocles en semejante contexto.

Entre aquellas veinticinco personas tenía que elegir a la más odiosa. Cléophas de Tuynen fue premiado con ese honor.

¡¡¡Asesinar a Cléophas!!! ¡Cuánto le desahogaría hacerlo! Durante mucho tiempo Cléophas de Tuynen fue el tesorero del Ravenstein, lo que hizo que su presencia resultara inevitable en los actos mundanos de Neville. Una rivalidad nunca confesada lo había opuesto a Henri, a quien soñaba con sustituir, lo que nunca había sido posible ya que tenían la misma edad. Cléophas tenía una voz nasal, y eso confería a cuanto decía un tono burlón aunque él no sintiera inclinación alguna por la ironía. Si alguien intentaba levantar esta liebre, él afirmaba que tenía vegetaciones. Así no te podías burlar de él, y eso lo convertía en alguien más odioso todavía.

Asesinar a Cléophas le daría un sentido a su existencia. Por más que no hubiera cometido nada indigno, tampoco había logrado nada brillante. Matar

a Cléophas de Tuynen durante la última garden party del castillo de Pluvier culminaría con resonancia la victoria del gusto y la distinción sobre el ánimo de lucro y la envidia.

Se diría: «El conde Neville, sí, Henri Neville, el que envió al más allá al execrable Cléophas de Tuynen con ocasión de una espléndida fiesta.» ¿No habría algo admirable en garantizar a ese crimen semejante resonancia? En lugar de liquidar a alguien poquito a poquito, en secreto, sin brillo, como si las consecuencias nos dieran vergüenza o miedo.

Él, que se preocupaba de lo que sería su vida cotidiana cuando viviera en la Aumônière, se sintió liberado ante semejante porvenir liliputiense. Habría un juicio, iría a la cárcel. Más enamorada que nunca, Alexandra iría a visitarlo. Tenía que confesárselo, hasta entonces era él el más entregado, ella lo amaba, sí, pero a él le habría gustado que desfalleciera de amor, era el modo de lograrlo, ya le parecía estar viendo a Alexandra, vibrante, en la sala de visitas.

¿Pero cómo actuar para matar a Cléophas? Henri se acordó de la escopeta de caza de Aucassin que había escondido en el desván del torreón. Se apresuró, y allí estaba el rifle de 22 largo, cargado. Su padre le había enseñado a usarlo: «Un caballero tiene que ser cazador», decía. Pero el pacífico Henri nunca lo fue.

«Durante la recepción, subiré hasta aquí y a través de la cruceta apuntaré a la cabeza de Cléophas.» Eso no debería entrañar peligro: Cléophas tenía tendencia a padecer reflujos gástricos tras algunas copas de champán y siempre se apartaba un poco del grupo para dar tiempo a que se le pasaran. Henri aprovecharía ese momento para disparar sobre su antiguo tesorero.

Atormentado por una creciente ebriedad, vulnerable a causa del insomnio, a su pobre cerebro, acechado por la vejez y el sentimiento de irrealidad, el plan le parecía deslumbrante.

Volvió a bajar, se cruzó con Alexandra en uno de los salones en sucesión y la abrazó con un ímpetu inusual.

Oreste Neville, veintidós años, heredaría el título a la muerte de su padre. Era el yerno ideal de la Bélgica noble: apuesto, alto, delgado, ingeniero titulado, una educación perfecta, la palabra justa, una amabilidad moderada por una agradable tendencia a la burla.

Électre Neville, veinte años, era el partido más maravilloso de la aristocracia: hermosa, esbelta, graciosa, risueña, alegre, licenciada en letras, con un humor devastador y un auténtico genio culinario que la llevaba a pasarse noches enteras en las cocinas del castillo para levantar un templo griego a base de merengue o una abadía cisterciense de algodón de azúcar.

Y por si todas estas virtudes fueran pocas, Oreste y Électre tenían una extraña virtud que los hacía aún más brillantes: eran los mejores bailarines de vals de Bélgica. Los invitaban a todos los bailes de la nobleza y a todos los cursos de danza, donde servían de ejemplo. «Nadie guía con una firmeza tan elegante como Oreste, nadie sigue con una gracia tan picante como Électre», decía el profesor dirigiéndose a los debutantes. La pareja hermanohermana adoraba lucir sus mejores galas e ir a bailar el vals en los palacios de Amberes o en las mansiones del Brabante durante noches enteras.

Ni siquiera la puesta en venta del Pluvier había logrado disminuir la cotización de Oreste: «El día que este chico se case, las jóvenes de la alta sociedad llevarán luto», se comentaba. Él era el único que parecía no darse cuenta de ello y mantenía una modestia que le confería un extraño encanto.

En cuanto a Électre, la rodeaba un prestigio tan extraordinario que parecía casi inaccesible. Ella también era la única en no darse cuenta de hasta qué punto podía resultar impactante su exceso de belleza: su interminable cabellera color miel de castaño, su silueta de bailarina y su rostro de madona hacían que pareciera más un hada que una chica casadera.

Por consiguiente, Oreste y Électre eran solteros. Con veinte y veintidós años, ¿acaso no era eso lo más normal? Pero durante las fiestas se mantenían más bien aislados. Los chicos y las chicas se acercaban a Sérieuse, tan insignificante, para utilizarla como confidente, y le decían: «¡Tu hermana!» o «¡Tu hermano!» con entonación desgarrada.

Sérieuse respondía: «Ella te está esperando» o «Él te está esperando», y

nadie la escuchaba. Ella misma era la mayor admiradora de su hermano, y, sobre todo, de su hermana. Nada le gustaba tanto como asistir a la ceremonia de embellecimiento de Électre, que permitía de buen grado que su hermana pequeña la contemplara mientras se arreglaba. Una vez terminada la obra de arte, se daba la vuelta hacia Sérieuse, que le decía:

–¿Quieres casarte conmigo?

–Eres la única que pide mi mano.

–Estás ciega, Électre. Todos están locos por ti, pero no se atreven a abordarte.

–¿Por qué?

–Porque eres ideal y ellos son mediocres. Los he estado observando. No tienen ningún problema para cortejar a chicas apenas guapas. Pero se acercan a darme la lata a mí, con voz temblorosa, cuando se trata de tu esplendor, y luego se agarran a la primera Marie-Astrid o Anne-Solange que se les pone a tiro.

–¿Qué me aconsejas?

–Cásate conmigo.

El caso de Oreste era distinto, ya que él era el que llevaba la iniciativa. Cuando abordaba a una señorita, ésta se convertía de inmediato en estúpida, bien porque ya lo era antes, bien porque el prestigio del joven le imponía demasiado. Cuando bailaba con Électre, él le decía:

–No sólo eres la más hermosa, también eres la más inteligente. ¿Quieres casarte conmigo?

–Aparte de mi hermano y de mi hermana, nadie quiere casarse conmigo.

–Deberíamos casarnos los tres.

–No estoy segura de que Sérieuse te quiera a ti, pobre Oreste.

–Yo tampoco estoy seguro de quererla a ella.

–No irás a contarme maldades de mi hermana pequeña.

–¡Qué lástima que no sea fea! ¡Eso le daría un poco de carácter!

–Basta. Tiene carácter para dar y tomar.

–Eso sin duda.

–Por lo menos admites que no es fea.

–Tampoco es guapa.

–Sólo tiene diecisiete años.

–Tú a los dieciséis ya eras mortalmente hermosa.

–Un día Sérieuse nos sorprenderá.

–¿Te refieres a que un día dejará de tener esa expresión vacía?

–Cuando está conmigo no tiene esa expresión.

–Pero no vivirá siempre contigo.

–¿Y tú qué sabes?

–Deja de hablar como un simple mortal.

Électre pensaba que no le desagradaría vivir con Sérieuse. Las raras veces en las que había experimentado un atisbo de flirt con algún JehanSébastien o algún Péleas, se había aburrido mortalmente. Con su hermana pequeña, en cambio, se divertía mucho. Al igual que los demás, se había fijado en que a los doce años y medio Sérieuse había cambiado radicalmente, pero no por ello le parecía menos excepcional.

El proyecto que por la mañana había entusiasmado hasta la ebriedad al conde Neville, por la tarde le pareció discutible. Que Cléophas merecía morir no era ningún misterio. ¡Pero de ahí a asesinarlo durante la garden party! ¿Y cómo se le había podido ocurrir que Alexandra lo admiraría por ello?

Para saber a qué atenerse, llamó a Évrard Schweringen, que lo sabía todo, absolutamente todo, de la historia de la aristocracia belga desde 1830 hasta nuestros días.

–Querido Évrard, necesito que me ilumines. ¿Existe algún precedente en materia de asesinatos acaecidos en el transcurso de una recepción en nuestro medio?

–Muchos. No podría citarlos todos, querido Henri.

–Y un detalle que tiene su importancia: ¿existe algún caso en el que el asesino fuera el anfitrión?

–Por supuesto. El príncipe de Retors-Carosse mató al duque de Moilanwez en el transcurso del cóctel ofrecido en honor de la onomástica del rey, la baronesa de Bernach mató a la vizcondesa de Lambertye durante un baile de beneficencia que daba en su casa, etcétera. En ese ámbito, los casos también abundan. Es más extraño que el invitado mate al anfitrión: resulta más difícil de defender. Mientras que si es el anfitrión quien mata al invitado, todo el mundo puede entenderlo.

–¿Me estás diciendo que el acto no tuvo consecuencias?

–¿Cómo puedes pensar eso? La justicia tomó medidas, por supuesto.

–Me refería más bien a la opinión. ¿Cómo trató nuestro entorno a esos asesinos?

–Nuestro entorno lo comprendió perfectamente y siguió recibiendo a esas gentes y a sus familias.

–¿Cómo recibir a personas que están en la cárcel o en el cadalso?

–Enviándoles una invitación nominal.

Asombrado, Henri guardó silencio.

–Necesito que me ilumines sobre algo más –añadió luego–. En esos crímenes que has citado, ¿hubo premeditación?

–No, evidentemente.

—¿Por qué evidentemente?

—Si hubiera habido premeditación, a nuestro entorno le habría parecido inadmisibile. Matar a un invitado en un momento de cólera desprende clase, es chic. Premeditar el asesinato de un invitado equivale a demostrar, como el colmo de la grosería, que ignoras el arte de la recepción.

—¿Se te ocurre algún precedente?

—¿En nuestro ambiente? Lo que dices no tiene sentido, querido Henri.

—¿Y si alguno de los casos que has mencionado escondiera el ingrediente de la premeditación?

—La premeditación no se puede ocultar. Nunca se mata igual cuando premeditas. Nada resulta más fácil de probar que la premeditación.

—Así pues, si uno de nosotros matara a un invitado con premeditación, ¿qué ocurriría?

—Lo sabes tan bien como yo: dejaría de ser uno de nuestros pares. No lo invitaríamos nunca más a nuestras recepciones, ni a él ni a sus familiares cercanos.

Neville permaneció estupefacto ante la crueldad de semejante castigo.

—¿A qué se deben todas estas preguntas, querido Henri?

—Como bien sabes, estoy preparando la garden party para este domingo, y estaba pensando en asesinarte, querido Évrard.

—Muy típico de ti. Hasta el domingo, querido amigo, será un placer volver a verte.

Neville colgó, se tapó la cara con las manos y tachó de la lista de asesinato a Cléophas de Tuynen.

«Vuelvo a estar en la casilla de salida. ¡Menuda situación! ¡Menuda pesadilla!»

A los ocho años, Henri le había hecho una pregunta terrible a su padre. No era: «¿Los Reyes Magos son los padres?» Tampoco era: «¿Cómo se hacen los niños?» Era mucho más grave: «Papá, ¿qué quiere decir ser noble?»

Aucassin le había dirigido una mirada penetrante.

—¿Y para ti, hijo mío, qué quiere decir?

—No lo sé.

—Piensa.

El niño se aventuró:

–¿Vivir en un castillo?

–¡Por supuesto que no! –respondió el padre con desdén.

Humillado, el niño se preguntó por qué, en esas condiciones, uno tenía que soportar tantas privaciones para vivir en el Pluvier.

–¡Sigue pensando! –ordenó Aucassin.

–¿Ser de una buena familia?

–Eso no basta.

Henri bajó la cabeza, desconcertado.

Con voz amenazadora, su padre acabó declarando:

–Ser noble, hijo mío, no significa tener más derechos que los demás. Significa que tienes muchos más deberes.

El niño se alejó, aterrorizado. Acurrucado sobre su cama, fue repitiendo: «Ser noble no significa tener más derechos que los demás, significa tener muchos más deberes», como un mantra cuyo significado se le escapaba pero que el ardor de la salmodia compensaba.

Cuatro años más tarde, Louise falleció. Fue hacia esa época cuando, sin proponérselo, Henri cambió la consigna en su cabeza: «Ser noble significa tener menos derechos que los demás y tener muchos más deberes.»

Louise era la persona a la que más amaba en el mundo. En la escuela del pueblo, Henri frecuentaba a niños que no pertenecían a la nobleza: comían bien, vivían en casas con buena calefacción, iban al médico cuando estaban enfermos. Y, por consiguiente, sus hermanos nunca se morían. Inconscientemente, Henri comprendió que ser noble significaba perder a los seres queridos.

Pero a la fórmula de Aucassin le sobraba ambigüedad: ¿dónde acababan los derechos y dónde empezaban los deberes? Era porque no había tenido derecho a una alimentación suficiente, a una temperatura aceptable y a una atención médica por lo que Louise había muerto; era porque el hermano pequeño era noble por lo que él había tenido el deber de perder a su hermana mayor.

De todos los deberes que le incumbían, éste había sido el más inhumano. Los otros no por ser menos horribles dejaban de agobiarlo: en cualquier circunstancia era necesario transmitir la sensación de serenidad, de comodidad, de dignidad, de moralidad y de ese insensato edificio de complejidad que constituían las apariencias. Fracasos en el arte de aparentar podía ocurrir con suma facilidad. Se contaba que los Carton-Treize habían



visitado los invernaderos reales de Laeken en familia; como estaban arruinados, a la hora del almuerzo sacaron de sus bolsillos unas tostadas envueltas en papel de aluminio, que comieron sin disimulo. El castigo no había tardado en llegar: todo el mundo los trató como a unos desconocidos.

Henri vivía la obsesión de fallar respecto a las apariencias. Él mismo jamás se habría permitido tratar a alguien como a un desconocido, y menos aún por una cuestión de tostadas, pero aceptaba la idea de que los demás pudieran dejar de considerarlo un conocido por un motivo menos grave todavía.

A esa constante ansiedad se le añadía un complejo generacional. Existe una frontera temporal, tanto más enorme por cuanto no es oficial, que divide la humanidad en dos especies que bien podrían no comprenderse jamás. Arbitrariamente, situémosla en 1975, aun siendo conscientes de la extrema variabilidad de esta fecha en función de los países y los entornos. Se trata de la línea que separa a los niños nacidos para seducir de los niños nacidos para ser seducidos.

Los niños del mundo antiguo sólo tenían derecho a una cuota mínima de atención y afecto, salvo si se esforzaban en seducir a sus padres; los niños modernos, en cambio, eran, desde el mismo momento de nacer, objetos de un intento de seducción por parte de sus padres, que tenían derecho únicamente a una cuota mínima de afecto. Fue una revolución de puntos de vista: los niños, que en el mundo antiguo sólo eran un medio, se habían convertido en un fin en sí mismos, en el objetivo soberano.

Nacido en 1946, Henri pertenecía tanto más al mundo antiguo en la medida en que la aristocracia constituía una barrera a dicha revolución: esta inversión de punto de vista estaba prohibida por las reglas de devolución nobiliaria. Por definición, el niño noble se lo debe todo a su nacimiento, y por consiguiente, a sus padres.

Por poner un ejemplo, si Aucassin salía de caza y regresaba con una perdiz, eso no significaba que los niños comerían ave para cenar. Carmen cocinaría lo cazado, lo llevaría a la mesa, primero a la condesa, luego al conde, que mientras se sirvieran no pensarían ni por un momento en dejarles algo a sus hijos, no porque fueran malos padres sino porque el antiguo régimen les impedía pensar en su progenie.

Alexandra, nacida en 1967, y con mayor motivo en la Bélgica nobiliaria, también pertenecía al antiguo mundo; el estatus de sus tres hijos, nacidos en 1992, 1994 y 1997, resultaba más ambiguo. Modernos por fecha de

nacimiento, habían sido educados según las reglas del mundo antiguo por unos padres cuyo entorno había convertido en ciegos a esta revolución. Mientras que Oreste y Électre se adaptaban a esta ambigüedad, Sérieuse había quedado atrapada en ella como si de cola se tratara.

La mañana del 2 de octubre, Nelville seguía sin poder dormir. Dos noches en blanco seguidas resultaban terriblemente duras para este hombre de sesenta y ocho años. ¡Si por lo menos hubiera podido tranquilizarse respecto a la noche siguiente! Pero seguía sin atisbar la solución a su problema. Así pues, su insomnio no acabaría nunca. «El 4 de octubre estaré tan agotado que no estaré en condiciones ni de recibir ni de matar a nadie», pensó con consternación.

Se mortificaba en su despacho, con el rostro hinchado por el cansancio, cuando oyó llamar a la puerta.

–¡Pase!

Para su sorpresa, vio aparecer a Sérieuse.

–Papá, ¿podemos hablar?

–Claro. Siéntate, querida.

Era la primera vez que la joven pedía ser recibida en el despacho de su padre para una entrevista. Henri sonrió.

–Cuando la vidente te ha hecho la profecía de que ibas a matar a uno de los invitados, lo he oído todo.

Nelville se quedó estupefacto.

–Estaba en la habitación de al lado, hacía como que dormía. Así que sé lo que te preocupa.

–No estoy preocupado.

–No has dormido, papá. Se te nota.

–Siempre he sufrido insomnio.

–No como éste. Y también he interceptado tu conversación telefónica con Évrard.

–¡Menudos modales!

–Lo sé. Es un caso de fuerza mayor. Necesitas ayuda, papá.

–No doy ningún crédito a las profecías de esa idiota.

–No es cierto. No dejas de preguntarte a quién vas a matar, incluso has ido a buscar la escopeta de caza del abuelo.

–¿Me estás espiando?

–Caso de fuerza mayor, repito.

–De acuerdo. ¿Y qué ayuda me propones?

–Hay alguien a quien podrías matar durante la fiesta. Alguien en quien no has pensado.

–Te escucho.

–Yo.

Lo dijo con tanta ligereza que el conde se rió.

–Ésa sí que es una idea brillante, querida. Así sí que me estás ayudando.

–Hablo en serio.

–Haces humor barato, además. Ya basta, márchate, tengo cosas más importantes que hacer que escucharte.

–Papá, tienes que matarme.

–Pero ¿a ti qué te pasa?

–Desde que escuché la profecía, no he dejado de pensar en ello. Me pongo en tu lugar, ha de ser infernal para ti. Tengo la solución.

–Creía que eras más adulta y más inteligente.

–Tú también le das crédito a esa profecía, papá. La inteligencia no tiene nada que ver en esto.

–¿Cómo puedes pensar, aunque sólo sea por un segundo, que yo pueda matarte a ti, Sérieuse?

–Porque lo necesito.

Henri abrió unos ojos horrorizados.

–¿Pero qué estás diciendo?

–No estoy bien, papá.

–¿Estás enferma?

–No. Llevo años así, es algo que está dentro de mi cabeza, no estoy bien.

–Ya nos hemos dado cuenta. Se llama adolescencia. No durará siempre.

–No, no se trata de eso. Vale, soy una adolescente. Pero recuerdo que empecé a sentirme mal antes de la pubertad.

–Era el comienzo. Los tormentos empiezan antes, es normal.

La joven suspiró:

–¿Así que de verdad estáis tan ciegos?

–¿A quién te refieres?

–A esta familia. En el fondo, esta ceguera general me viene bien.

–No entiendo una palabra de lo que me estás contando.  
–Es justo lo que estaba diciendo.  
–Lo que sí entiendo es que no estás bien. Tal vez al final la vidente tenga razón: deberías recibir ayuda psicológica.  
–Sí. Mátame.  
–Tendrías que ver a alguien. En Arlon hay psicólogos.  
–Me niego.  
–No estoy pidiendo tu opinión.  
–Ante un psicólogo o ante quien sea, no diré nada.  
–¿Por qué?  
–Hablar duele.  
–¿Y tú qué sabes? Nunca lo has intentado.  
–Lo he intentado conmigo misma.  
–Eso es muy distinto.  
–En efecto, es menos doloroso, y sin embargo ya resulta insoportable. Ni me planteo siquiera sufrir todavía más.  
–¿Qué es lo que ocurre? Estoy horrorizado.  
–Mátame, papá. Harías una buena acción.  
–Querida, métete bien dentro de la cabeza que jamás te mataré.  
–Tengo que morir. Es necesario.  
–Si de verdad fuera necesario, ¿te suicidarías?  
–¿Es eso lo que quieres?  
–¡No! No he dicho eso. Lo que digo es que deseas vivir, ya que no piensas en el suicidio.  
–Sería mil veces más justo que fueras tú quien me matara.  
–¡Menuda tontería!  
–Has contribuido con creces a mi llegada al mundo. Sería justo que me libraras de él.  
–Con semejante lógica, es más bien a tu madre a quien deberías pedirselo.  
–No. Mamá sufrió cuando nació, la equidad requeriría que tú sufieras al darme muerte.  
–¡Estás delirando! ¡Pobrecita! No sabía que tu crisis de adolescencia fuera tan aguda.  
–Eso es porque no hablo demasiado.  
–Me gustaba más cuando eras muda. Ahora, ya ves. Menudo desastre.  
–Dentro de mi cabeza, hace cuatro años que todo es así siempre. Y lo peor

no es eso. Lo peor es que a los doce años y medio dejé de sentir nada. Y cuando digo nada es nada. Mis cinco sentidos funcionan muy bien, oigo, veo, tengo gusto, olfato, tacto, pero no experimento ninguna de las emociones relacionadas con ellos. No puedes imaginar el infierno que estoy viviendo. Bernanos tiene razón, el infierno es el frío. Vivo de forma permanente en el cero absoluto.

—¿Y la noche en el bosque?

—Fue con la esperanza de experimentar el auténtico frío corporal. Lo noté, pero no sentí la angustia animal que debería haber despertado en mí.

—Y sin embargo me contaste maravillas: el olor del bosque, el ciervo, el estupor del frío que se va apoderando de ti.

—Habrá que pensar que hablamos bien de lo que no sentimos. Pensaba: «Es bonito», veía que lo era, pero no sentía que alcanzara mi piel. Cuando el frío empezó a hacerme sufrir, pensé: «Reacciona, vete, baila, muévete, ya que es insostenible», pero mi cuerpo permanecía inerte. Habría sido mejor que me hubiera muerto esa noche.

—El frío de finales de septiembre no te habría matado.

—Por eso te toca a ti encargarte de ello.

—Mi pequeña, no cuentes con ello. Te llevaré a ver a un médico, seguro que algo se puede hacer con tu problema.

—He ido a ver a un médico, papá. Le conté lo mismo que te estoy contando a ti. Sonrió y me dijo: «Tiene usted diecisiete años, señorita. Necesita enamorarse, lo que sin duda no tardará en ocurrir. Esté tranquila, entonces experimentará muchas cosas.»

—¿Quién fue ese idiota?

—Un médico como cualquier otro. El colmo es que intenté aplicar su solución. Pensé en todos los seres de los que era posible enamorarse, incluyéndote a ti: no ocurrió nada.

—Mejor.

—Creo que resulta inverosímil enamorarse cuando incluso el dolor no da ningún resultado.

—¿Te refieres al frío de la noche en el bosque?

—No sólo a eso. He probado los sufrimientos clásicos, el filo del cuchillo clavado en el antebrazo: dolía pero no suscitaba nada más. Incluso aproveché un atroz dolor de muelas, del que no os dije nada, con la esperanza de verme

alcanzada por fin, ¿te das cuenta del alcance que otorgo a la palabra «alcanzada»? Nada.

–De pequeña no eras así.

–¿Te acuerdas? Lo sentía todo con más fuerza que los demás. El olor de la mañana me ponía en tal estado que me despertaba cada día al amanecer. Era incapaz de escuchar música sin ponerme a bailar, de comer chocolate sin patalear de placer.

–¿Qué ocurrió?

–La circunstancia importa poco.

Silencio.

–¿No piensas contarme nada más?

–Efectivamente.

–Quiero saber más.

–Lo crees pero no es verdad.

–Te escucho.

–Tengo derecho a callarme.

–Por lo menos dime una cosa. ¿Soy un mal padre?

–Eres un buen padre, no te preocupes. A tu pesar, me has inculcado desde la infancia un arte que me ha perjudicado. Recientemente, he leído a Proust. Habla de lo que él llama «el donjuanismo de la aristocracia». Es una buena manera de expresarlo.

–Yo no tengo nada de don Juan.

–No es eso lo que significa. Eres así con todo el mundo: seduces. Es algo muy bonito, no buscas obtener nada a cambio: seduces por el simple placer de dar al otro la impresión de que se merece tantos esfuerzos. Tu manera de seducir es una forma de generosidad. Siempre te he visto hacerlo, a la fuerza se me habrá pegado algo. El problema es que la humanidad no es noble, y no utilizo ese adjetivo en el sentido social. En nuestros días, en el mundo real, que no es el tuyo, papá, cuando una cría de doce años se comporta, sin saberlo, con ese arte de la seducción que le viene de su padre excesivamente cortés, se interpreta de un modo atroz y acarrea consecuencias.

–Te escucho.

–Éste es el momento en el que, en las películas americanas, la protagonista dice con razón: «*You don't want to know.*»

–Me estás hartando con tus citas de pacotilla.

–Tienes razón, me hartó hasta a mí misma. ¡Si supieras hasta qué punto

estoy harta!

–Pues cambia. A tu edad se puede cambiar.

–Te juro que lo he intentado. Llevo años leyendo y releendo los mejores libros, los clásicos y los modernos, con la esperanza de encontrar en ellos una solución milagrosa. He encontrado maravillas pero nada me ha conmovido. Siempre sentía esa muralla de hielo entre yo y yo. ¡Desearía tanto que se rompiera!

–No se cambia leyendo. Hay que vivir.

–¿Y qué vida tienes previsto para mí, papá? Las mismas fiestas a las que acuden Oreste y Électre, en las que no tendré ni su esplendor ni su gracia. De todos modos, estas pruebas no me interesan. ¡Tampoco casarme, y menos aún con uno de esos rufianes! Además, ninguno de ellos me querría a mí. A veces el mundo funciona.

–Eres inteligente, irás a la universidad.

–¿Para qué?

–Para tener una profesión apasionante.

–Cuando nunca te emocionas, nunca te apasionas.

–¿Qué te gustaría? ¿Cuál es el sueño que te gustaría realizar?

–No tengo sueños, no deseo nada, sólo que todo termine. Eso lo deseo con ardor.

–¿Y cómo sabes que la muerte está tan bien?

–No lo sé. Pero por lo menos es otra cosa.

–Tal vez. O tal vez que sea lo mismo.

–Puedes decir lo que quieras, papá, no puedes hacer nada contra esta obsesión. ¿Me la concederás, sí o no?

–¿La muerte? Jamás. Soy tu padre y te quiero.

–Agamenón era el padre de Ifigenia y la quería. Y aun así la mató.

–Como bien sabes, no te puse por nombre Ifigenia. Saca tus propias consecuencias.

–Habría que pensar que cuando les pusiste Oreste y Électre a tus hijos mayores el impulso era tan fuerte que, fuera cual fuera el nombre del tercero, el destino se ponía en marcha.

–No sabes lo que estás diciendo. No siento ningún impulso de ese tipo.

–El destino actúa incluso si no lo sientes.

–El destino no existe.

–¿Entonces por qué crees en la profecía de madame Portenduère? Te la



crees hasta el punto de obedecerla, ¡hasta el punto de buscar a la víctima idónea entre tus invitados! Vas hacia la catástrofe, papá. Évrard es categórico, no puedes premeditar el asesinato de un invitado, por odioso que sea. ¿Qué piensas hacer?

–No lo sé. Pero no es de tu incumbencia.

–Sí lo es. Yo también llevo dos noches sin dormir. He examinado todas las posibilidades. Créeme, no hay otra solución que la que te estoy sirviendo en bandeja.

–Me niego.

–Retomo tu lógica, papá, la de los precedentes. Curiosa lógica, por cierto, pero es la tuya. No llamarás a Évrard para saber si en nuestro entorno existe algún precedente en materia de infanticidio. Ya te lo digo yo, hay uno: Agamenón e Ifigenia. Una excelente familia, como no dejas de repetir.

–¿Te das cuenta de hasta qué punto ese precedente invita a imitarlo? Al padre infanticida sólo le ocurren cosas horribles.

–En efecto, el horror pero no la indignidad. Si me matas durante la fiesta, todo el mundo verá en ti a un monstruo, pero nadie juzgará tu acto innoble, en el sentido etimológico del término. El infanticidio es abyecto, pero no grosero. No habrás hecho nada malo. Te seguirán considerando uno de sus conocidos, igual que a tu mujer y a tus hijos.

–¡Qué gran cosa!

–Sí, qué gran cosa. Es lo que más te importa. No sólo tienes que ser un buen padre para mí, también debes ser un buen padre para Oreste y Électre, y un buen marido para mamá. Si matas a un invitado, no volverán a considerarlos como sus conocidos. Si me matas a mí, en cambio, los seguirán invitando.

–Pero resulta que quiero seguir siendo un buen padre para ti.

–Y yo te ofrezco una inmejorable ocasión de serlo.

–Ser buen padre no consiste en acatar la absurda orden de una chiquilla que se cree Antígona.

–¿Antígona? ¡Nada que ver! Antígona amaba la vida. Yo no.

–En resumen, no pienso obedecerte.

–Todavía no comprendes que no tienes elección, papá. El destino es eso.

–Aunque eso fuera verdad, sería incapaz de cometer un acto semejante.

–¿Y crees que Agamenón sí era capaz? ¿No crees que él se negaba a

hacerlo? Sin embargo, su caso era peor que el tuyo. Ifigenia no deseaba morir.

–Me estás manipulando. Eres un monstruo.

–Razón de más para asesinarme.

–Tienes respuestas para todo. ¿Y cómo tienes previsto que proceda?

–Como pensabas hacerlo: con la escopeta de caza.

–Disparar la escopeta del calibre 22 largo a la cabeza de mi hija: imposible.

–Así tendrá que ser. ¿Prefieres empujarme desde lo alto del torreón?

–No. Que el Pluvier se mantenga al margen de esta abominación.

–No tenemos veneno, no podrás jugar a los Borgia.

–¿Te apuntaría desde lo alto de la torre?

–Demasiado arriesgado. No creo que seas tan buen tirador, papá. Al caer la tarde, irás a buscar la escopeta. Yo estaré en el jardín, junto a los invitados. Regresarás, te abrirás paso entre la gente y, sin más dilación, me dispararás a quemarropa.

–¡Ni hablar!

–Tendrás que hacerlo. Cada vez que una objeción aparezca en tu mente, repítete esta fórmula: así tiene que ser. No hay derogación posible.

–¿Así que no me quieres?

–Sí, te quiero.

–Si me quisieras no me ordenarías que cometiera un acto tan abyecto.

–Precisamente porque te quiero te insto a hacerlo. Para ti, es la única solución.

–¿Y para ti qué será?

–Oh, a mí la idea de sentirme finalmente alcanzada por algo me basta para ser feliz. ¡Si supieras lo lamentable que resulta que nunca te alcance nada!

–Pero, pequeña, estamos a 2 de octubre. Se supone que tu plan debe realizarse el 4 de octubre. ¿Cómo piensas vivir hasta entonces?

–No te preocupes por eso. Concéntrate, como cada año, en los preparativos de la fiesta.

–¿Cómo quieres que no me preocupe?

–Agamenón también sabía de antemano que tenía que sacrificar a su querida hija. No debía de ser muy distinto a ti.

–Para él, por lo menos, se trataba de un sacrificio.

–Si puede servirte de ayuda, convéncete de que se trata de eso. Pensándolo bien, así es: vas a sacrificar a tu hija.

—¿Y en nombre de qué causa voy a sacrificarte?

—En nombre del buen funcionamiento del mundo. En nombre del deber que reside en ti desde que naciste, del honor que consiste en respetar a tus invitados, de la memoria de tus antepasados que lucharon para conservarlo fuera cual fuera el precio que hubiera que pagar.

—¡Menuda barbarie!

—Venga, siempre has hablado maravillas de los que no eluden sus responsabilidades. Puedes estar seguro de que Agamenón se repetía con valentía hasta qué punto estaba obligado a hacerlo y cuánto le hacía sufrir esa certeza.

Henri escondió el rostro entre las manos. Sérieuse retomó la palabra:

—¿Quieres que te firme una carta certificando mi acuerdo?

—¿Has perdido la razón?

—Al contrario. No quiero que matarme te condene.

—Y yo, en cambio, lo quiero. Por primera vez, estoy a favor del restablecimiento de la pena de muerte, sólo para mí, después.

—Papá, después pensarás que me has proporcionado lo que necesitaba. Te considero el mejor padre del universo porque aceptas liberarme de este caparazón de vacío en el que me asfixio. No lo olvides: ¡estás a punto de llevar a cabo un gran acto de amor por mí!

—Cállate. Si sigues hablando, voy a odiarte. Y si te odio, no tendré la valentía de matarte.

La joven sonrió. Esta última frase la tranquilizó: su padre llegaría hasta el final.

Alexandra era el ser más feliz que pudiera imaginarse. Siempre encontraba el modo de ver el lado bueno de las cosas. Rechazaba las conversaciones deprimentes, sobre todo cuando no servían para nada, lo cual era frecuente:

–¡Esta gente que regresa de Venecia diciendo que se está hundiendo! Y lo dicen dándose importancia, ¡como si no lo supiéramos, como si pudiéramos hacer algo! ¡Es insoportable!

Y en cuanto alguien se ponía a comentar que el sol se apagaría dentro de millones de años, que los jóvenes no se movían de delante del ordenador o que los osos, hambrientos, contemplaban cómo el casquete polar disminuía, Alexandra también le interrumpía declarando con una sonrisa radiante:

–¡Venecia se hunde!

La gente se miraba, incómoda, preguntándose qué tenía que ver aquello con sus comentarios, sin entender por qué la perspectiva del hundimiento de Venecia ponía a la condesa de tan buen humor. El orador deploraba haber perdido el hilo de sus pensamientos. Alexandra lo aprovechaba para cambiar de tema.

Nada le parecía trágico. Para ella existían dos tipos de conversaciones, las aburridas y las demás. Las catástrofes irremediables y los anuncios de desgracias inevitables la aburrían soberanamente.

Sus tres hijos habían aprendido a descifrar tan bien los síntomas de fatiga en el hermoso rostro de su madre que ellos mismos interrumpían las molestas peroratas de su entorno con irrefutables «¡Venecia se hunde!».

Entonces el invitado dirigía una inquieta mirada a Alexandra, que le decía:

–No sé qué mosca les ha picado. La adolescencia es una edad misteriosa. Por cierto, querido, ¿cómo están sus hijos?

Cuando las finanzas familiares empezaron a declinar, Henri se lo comentó a su esposa. Ella se dio por enterada y aceptó los colosales recortes de presupuesto sin un atisbo de queja. Vendieron el apartamento de Bruselas y el Aston Martin de la condesa, que ni siquiera pareció notar estos cambios.

A principios de 2014, Neville anunció que, pese a todos sus esfuerzos, se verían obligados a vender el castillo: la situación no tenía vuelta de hoja.

Inició un discurso elegíaco en el que se atrevía a confesar la inmensidad de su pena. Se vio interrumpido por su esposa:

–¡Venecia se hunde!

–Pero... ¿acaso no te da pena a ti también perder el Pluvier?

–¿Y quién te ha dicho que no me parece desolador que Venecia se esté hundiendo?

«Decreté que 2014 era un año horrible, y no sabía hasta qué punto estaba en lo cierto», pensó Henri cuando Sérieuse abandonó su despacho. En general, en caso de problema, hablaba con su esposa. En este caso no podía. La joven le había presentado su propio asesinato como un hecho tan ineluctable que se dijo a sí mismo:

–¡Venecia se hunde!

Pero, pronunciado por él, el comentario carecía de la impertinente comicidad que le daba Alexandra.

¿Cómo prohibirse a sí mismo pensar en ello? Henri se acordó de la muerte de Louise, de cómo no dejó de llorar durante meses y de cómo Aucassin le ordenó que dejara de hacerlo.

–No lo consigo –respondió el niño entre lágrimas.

–Te prohíbo que pienses en ello. ¿Está claro? –dijo Aucassin con una voz terrible.

La autoridad paterna había paliado su desfallecimiento. Con sesenta y ocho años, Henri rescató de su memoria la voz de su padre para prohibirse a sí mismo pensar en el asesinato que se disponía a cometer. La eficacia del método fue inmediata.

Desde el primer momento, la potencia del tabú fue tan absoluta que las antiguas defensas capitularon al instante: Neville empezó a pensar en la muerte de Louise recreándose en su desesperación como no había podido hacerlo durante cerca de sesenta años. Se dejó llevar hasta hartarse de llorar. «No sabía que tuviera tantas lágrimas dentro de mí», pensó.

A través de sus sollozos no pudo evitar darse cuenta de la similitud entre ambas situaciones: aunque Aucassin no hubiera matado a Louise, no podía negarse que tampoco había tenido la actitud de un padre que intenta salvar a su hija. El médico sólo había acudido una vez para visitarla y había decretado que la adolescente debía cambiar de clima en el más breve plazo:

–Sin calor, sin sol, esta pequeña no se curará.

Aquellas palabras quedaron en papel mojado. Aucassin no tenía recursos para enviar a su hija al sur. En ningún momento se planteó la posibilidad de vender el castillo para sufragar sus cuidados. Henri se preguntó si esa idea había siquiera pasado por la cabeza de su padre. «Probablemente no», concluyó. «Para Aucassin, era algo impensable.»

Ahora se encontraba en un idéntico callejón sin salida. Con la diferencia de que a su padre el dilema nunca le había quitado el sueño: «Hombre feliz, ¡usted nunca supo que fue el asesino de su querida hija! Y su entorno cerró los ojos a su infamia, y siguieron considerándolo uno de los suyos y recibéndolo, y, todavía hoy, ¡su nombre sigue inspirando respeto!»

Como Henri se había negado a sí mismo el derecho a llevar la comparación más allá pensando en el siniestro destino que le esperaba, reconstruyó, a través de sus recuerdos, el rostro de Louise sobre su lecho de muerte. Le impactó una evidencia que hasta entonces le había pasado por alto: con diecisiete años, Sérieuse se parecía a Louise dentro de su ataúd.

Viva, Louise era mucho más guapa que Sérieuse. Pero la muerte había paralizado sus rasgos en una expresión rígida y desprovista de gracia: «Es la expresión que tiene Sérieuse desde los doce años», pensó.

Intentó recordar a Sérieuse de niña: era una chica desprovista de belleza pero pletórica de vitalidad. Louise también era así. La hermosura le había llegado a los trece años, aproximadamente a la misma edad en que Sérieuse se había apagado. Decididamente, entre aquellas dos chiquillas existían intrigantes conexiones.

«Y yo soy el que va a perder por dos veces a una niña a la que quiero, la primera como testigo del drama, la segunda como culpable.»

En aquel preciso momento, un búho ululó. Su madre siempre le decía: «Cuando el búho ulula, tu pensamiento es justo.» «Pues qué bien», pensó. «Aún no soy culpable. O tal vez sí. ¿En qué momento empecé a serlo? ¿De verdad ponerles a mis hijos mayores Oreste y Électre es tentar al destino?»

Intentó reconstituir lo que Sérieuse le había contado acerca de sus doce años. «No la he entendido», concluyó. «Ésa era, por otra parte, su confesa intención. Esta cría hace conmigo lo que quiere.»

La noche siguiente, a las tres de la madrugada, Henri seguía sin dormir.

«Por más que me prohíba a mí mismo pensar en ello, algo dentro de mí lo sigue haciendo. ¿Sobreviviré a tres noches en blanco seguidas?»

El insomnio era un gran misterio. A priori, ¿qué sufrimiento había en permanecer en una cama confortable, incluso sin dormir? ¿Por qué nos convertía en víctima propicia de pensamientos atroces? La explicación era la siguiente: el insomnio consistía en un prolongado encarcelamiento con tu peor enemigo, que no es sino la parte maldita de ti mismo. No todo el mundo la tiene: así que no todo el mundo sabía lo que era el insomnio.

Aquella maldición era tanto más temible por cuanto atacaba a individuos hundidos en la oscuridad y, por consiguiente, privados de la escapatoria de la mirada. En caso de insomnio, los médicos recomiendan levantarse y ocuparse en algo: es ignorar que, casi siempre, el insomne no lleva sólo una noche sin dormir, está demasiado cansado para aceptar una diversión.

Agotado, a Henri apenas le quedaban fuerzas para luchar contra su peor pensamiento. Aun así, a las tres y media de la madrugada, su pensamiento tropezó con un detalle que le pareció capital; la predicción de la vidente estipulaba: «Durante esa recepción, usted matará a un invitado.» Sin embargo, Sérieuse no era una invitada. Era la pequeña de la casa. Así pues, ella no podía ser la víctima.

Deslumbrado por su descubrimiento, Neville suspiró con alivio. Liberado, al fin consiguió dormirse.

Más que los demás, los insomnes saborean la felicidad del sueño: ellos, por lo menos, saben que están durmiendo.

Se despertó a las diez de la mañana y se quedó en la cama para analizar la exquisita sensación de descanso que fluía por su sangre: «No le diré nada a Sérieuse», decidió. «Esta maldita niña sería capaz de volver a ponerme el cerebro patas arriba con sus argucias. ¿A quién mataré mañana, pues? A cualquiera. Así no podrán acusarme de premeditación.» Aquel pensamiento le resultó divertido y se levantó de un humor excelente.

Alexandra le hizo compañía durante el desayuno. El tiempo era espléndido.

–Ya lo dijo Vialatte, la meteorología sólo obedece a una ley: en el noventa por ciento de los casos, el tiempo es el mismo que el del día anterior. Así que mañana hará un tiempo espléndido para la fiesta.

–¿Encargaste ya el champán, querido?

–El proveedor lo traerá hoy al mediodía. Yo me encargo.

Comentaron varios detalles sin darse cuenta de que, a través de la puerta entreabierta, Sérieuse les estaba observando. Inocente como un niño en su primera comunión, Henri se había olvidado de disimular. Se sentía auténticamente feliz. Aquel detalle no le pasó inadvertido a su hija.

Hacia las tres, en la cocina, Neville se afanaba en sacar las copas de las cajas de cartón y en comprobar que estuvieran limpias. Se reflejaba en cada cristal y distinguía la más mínima huella dactilar, la metía dentro de agua caliente, sin detergente. Sérieuse se unió a él.

–¿Puedo ayudarte, papá?

–Sí, querida. Cuando acabes con una copa, déjala sobre la bandeja.

Lo hicieron en silencio.

Henri no vio venir el peligro.

–Parece que estás mucho mejor, papá.

–En efecto. Por fin he podido dormir.

–Ah. Yo no.

Se dio cuenta de que ella estaba lívida.

«¿Puede ser que le dé miedo morir?», pensó mientras pasaba el trapo sobre el cristal que sujetaba. Y siguió inspeccionando las copas como si nada hubiera pasado.

–Incluso te veo feliz –insistió ella.

–Me gustan los preparativos de las garden parties. Se conjugan con los recuerdos de recepciones anteriores, con el sabor del champán. Es una ebriedad por anticipación.

–Tendrás que vigilar con la bebida. Tendrás que apuntar a la cabeza.

«Es odiosa. ¡Merecería conseguir lo que desea!», pensó él.

Observó que se apresuraba en su tarea y se permitió el siguiente comentario:



–¿Cómo puedes darle tanta importancia a la limpieza de una copa sabiendo lo que va a ocurrir mañana?

–Es una de las enseñanzas de Buda: «Cuando friegues los platos, friega los platos.»

–¿De verdad Buda dijo eso?

–Más o menos. En todo caso, éste era el espíritu.

–¿Sabes?, me da miedo morir.

–¿Quieres decir que renuncias?

–No. Y si en el último momento te implorara que me perdones, no deberás tenerlo en cuenta bajo ningún concepto.

–De acuerdo.

Poco satisfecho con el trabajo de Sérieuse, Neville cogió una copa que ella ya había dejado y volvió a lavarla. Ella suspiró.

–No me quieres.

–¿Porque vuelvo a limpiar una copa?

–Eso es, búrlate de mí. En el fondo, asesinarme mañana no te perturba lo más mínimo.

–Me limito a seguir tus preceptos al pie de la letra. La consigna es «Así tiene que ser». Ayer, recuérdalo, me rebelé, y pisé el freno.

–¿Y ahora lo aceptas?

–Me conformo.

–Es repugnante.

–¿Qué te gustaría?

–Me gustaría sentir que sufres.

–No sientes nada, como ya sabes.

–Ayer sentía tu dolor. Me gustó por partida doble: sentir algo y sentir la perspectiva de que matarme te causaba estragos.

–¡Buena chica!

–Ahora se acabó. Ya no sufres.

–Me horroriza la complacencia. Es un sentimiento innoble. Deberías tomar nota.

–Oh, sí. ¿Crees que darme lecciones sigue siendo útil?

–Seguramente. Tienes veinticuatro horas de vida ante ti y, teniendo en cuenta lo que descubro de tu personalidad, me temo lo peor.

–En el fondo, te conviene matarme. ¡Qué peso te quitas de encima! No soy ni guapa, ni amable, ni querida.

Henri suspiró y miró fijamente a su hija:

–Una crisis de adolescencia ordinaria: eso es lo que me brindas.

–Es falso: obligar a mi padre a que me asesine ¡es bastante inusual!

–¿Es eso lo que quieres, querida? ¿Ser original?

–¿Y tú?, ¿quieres humillarme antes de matarme?

Rompió a llorar. Neville se ablandó y la abrazó. ¿Cuánto tiempo hacía que no la veía llorar? Ella se dejó abrazar con dulzura y luego se liberó, como si se acordara de que su papel no le permitía semejante actitud.

El conde vio el rostro de Sérieuse tan descompuesto que ya no se controló; cayó en la trampa.

–No te mataré, hija mía. Ésa es la razón por la que me siento feliz.

–¿Cómo que no vas a matarme? –dijo ella con voz temblorosa.

–No te mataré, te lo prometo. Deja de llorar, querida.

–Pero es justo lo contrario de lo que espero de ti. ¡No tienes derecho a incumplir tu promesa!

Henri volvió a sus copas.

–Nunca estás satisfecha.

–¡Qué tonto eres! ¿No has comprendido que hacía teatro? La muerte no me da ningún miedo! Simplemente, saltaba a la vista que habías renunciado a matarme. Sólo quería asegurarme.

–¡Eres tan venenosa que merecerías que te matara! Y sin embargo no lo haré.

–¿Estás dispuesto a todo para contrariarme?

–¿Has acabado de decir tonterías?

–¡Ayer estabas de acuerdo! ¿Qué ha ocurrido?

–La profecía de la vidente era que mataría a un invitado. Tú no eres un invitado.

Sérieuse se quedó con la boca abierta.

–¿Así que era eso? –dijo al cabo de un rato.

–Eres la pequeña de la casa.

Ella se puso a reír.

–Papá, si no existieras habría que inventarte. ¿Es posible ser formal hasta este punto?

–No le veo la gracia.

–Ya que la terminología te preocupa tanto, invítame.

–Imposible. Eres mi hija, vives en mi casa, eres menor de edad, me debes

obediencia.

–Ninguna de estas cosas es incompatible con el estatus de invitado, y lo sabes.

–Estamos a sábado por la tarde, la recepción es mañana domingo. La invitación no llegaría a tiempo.

–¿Te burlas de mí? ¿Cuántas veces no habrás invitado de palabra?

–No es lo que se llama una invitación formalmente impecable.

–Eso no le importa a nadie. Invítame.

–Una orden tan grosera no da ningunas ganas de invitarte.

–No soy digna de ser invitada por ti, pero basta que digas una palabra y seré invitada.

–¡Impertinente!

–No. Soy consciente de estar pidiéndote un auténtico nombramiento. Y espero que me lo concedas.

–No te lo mereces.

–He revisado la lista de tus invitados, ninguno de ellos lo merece, papá.

–¡Con qué facilidad desprecias! No sabes nada de esa gente.

–Sé que no te llegan a la suela del zapato.

–¿Me quieres o me detestas?

–Te detesto porque encarnas una nobleza que ya no tiene sentido. Y te quiero por esa misma razón. Por tu culpa, creía que los adultos se parecían a ti. Y pagué caro mi error.

–Cuando te expresas mediante enigmas, me sacas de quicio.

–Invítame, papá.

–Invitarte sería condenarte a muerte.

–Exactamente.

–¿Cómo podría concederte algo así?

–Papá, no soy una niña mimada. Nunca te he pedido nada. Es la primera vez en mi vida que te pido algo.

–Es verdad. Pero, para ser la primera vez, no te andas con chiquitas.

–No tienes elección. Piensa en la profecía.

–Esta noche he decidido matar a cualquier invitado un poco al azar.

–¡Estás loco! Évrard te lo diría.

–Si hablara con Évrard sobre lo que pretendes que haga, seguro que me respondería que no hay precedentes en nuestro medio.

–¿Y los Atridas?

–No eran belgas.

–Eres divertido, papá. Como resulta divertido tu necesidad de precedentes.  
¿Por qué tendría que existir alguno?

–Es uno de los principios aristocráticos. Nos inspiramos en los actos del pasado.

–¡Bravo! Con semejante ideología, no se llega muy lejos que digamos.

–Pues a mi juicio, se va bastante lejos.

–Tu historia no se sostiene. Si nos remontamos a los orígenes, alguna vez tuvo que haber un noble que fuera el primero en cometer tal o tal acción.

–Pues ya ves: no tengo ningunas ganas de ser el primero en matar a su hija durante una recepción.

Sérieuse, que hasta entonces había mantenido una actitud serena, en aquel instante fue presa de una ira espantosa:

–¿Cuándo te vas a enterar de que aquí no se trata de lo que tú tengas ganas de hacer? ¡Al destino le importan un bledo tus deseos! ¿Qué te has creído? ¿Crees que a la vida le importa tu consentimiento?

–Por favor, querida, no he necesitado que me ilumines para aprender la dureza de la existencia.

–¿Por qué? ¿Porque perdiste a tu hermana? ¡Eso no es nada! ¡Es un drama cuya responsabilidad no llevas sobre tus hombros! ¡No te librarás de unirse a la tribu de los culpables!

–¡Cállate!

–¡No, no pienso callarme! ¡Es demasiado fácil! ¡Morirás culpable, como todo el mundo!

–¿Cómo tú?

–Como yo, aunque de otra manera.

–Estás delirando. De verdad, tienes que ver a un especialista.

–No tengo tiempo. La fiesta es mañana. Invítame.

La cólera de la joven, que había empezado como una explosión, se había vuelto fría y más inquietante. Henri la sufría como una agresión todavía más física que mental y ésa fue la razón por la que capituló, con una voz sofocada:

–Sérieuse, estás invitada.

Ella se ablandó en un segundo.

–¿Supongo que te das cuenta de lo que implica dar tu palabra, papá?

–Sí.

–Gracias. Estoy muy emocionada.

El rostro de la adolescente empezó a resplandecer. Debió de darse cuenta de que era casi hermosa, porque se ofreció a la mirada de su padre con la teatralidad típica de la edad. Por un minuto, Nelville intuyó que en la necesidad de ser asesinada había una pulsión cercana al deseo sexual. Y como le horrorizaba todo lo retorcido, hizo una mueca. La belleza de la joven se apagó en el acto.

–Si no te parezco hermosa es porque me parezco a ti. ¿Lo sabes?

–¿Has acabado ya con tus comentarios fuera de lugar?

–Tienes razón. Desmintamos el refrán según el cual «No hay dos sin tres». No quiero volver a tener que convencerte de que me mates. Decidamos un plan. ¿En qué momento procederás?

–Los invitados empezarán a llegar hacia las dos de la tarde. A las cuatro, debe empezar el recital en el jardín.

–Perfecto. Cuando empiece el recital, tú te ausentarás. Nadie se dará cuenta, todo el mundo estará escuchando la música. Y por la misma razón nadie te verá regresar con la escopeta de caza. Yo estaré de pie, en la primera fila del público, en la esquina. Será entonces cuando dispararás.

–Vete.

–Ya no tienes derecho a cambiar de opinión, ¿verdad?

–Lo sé. Vete.

Agobiado, el conde acabó de ocuparse de las copas mientras hilvanaba pensamientos confusos para los que eligió un destinatario. «Dios mío, ni siquiera sé si tengo fe, pero a alguien tengo que dirigirme. Te ruego... ¿qué? No sé qué pedirte. Te ruego en el sentido absoluto del verbo. ¿Me he merecido un destino tan abyecto? No tendré la audacia de pronunciarlo al respecto. Si pudiera fallecer a causa de lo que sea en el transcurso de esta noche, sería maravilloso. Dios, no te pido nada. Nunca he sabido si creía en ti, nunca he pensado en ti. Si ahora te llamara para que me ayudaras, me avergonzaría de semejante villanía. Que las cosas sean como tienen que ser, eso es todo.»

Sérieuse le había dado la lata con Agamenón e Ifigenia. Henri, que tenía algunas nociones de catecismo, pensó en Abraham e Isaac. Lo invadió un soplo de esperanza, seguido de un inmediato dolor aún más intenso: «Esto no

tiene nada que ver. Isaac no era el comendatario del sacrificio. No me salvaré. ¿Cómo lo dijo Sérieuse? ¡Morirás culpable, como todo el mundo! No lo entiendo. Esta niña, nacida en el amor, sólo ha tenido afecto a su alrededor. ¿Cómo he podido engendrar semejante violencia?»

Durante la noche, fue en la historia de Job en lo que pensó Henri: «Él tampoco era consciente de su felicidad. Perder sus posesiones, a su esposa y a sus hijos, ¡eso no es nada! Si Dios le hubiera ordenado matar con sus propias manos a su esposa y a sus hijos, entonces sí merecería mi compasión. No, eso sigue siendo sólo una broma. Si su esposa y sus hijos le hubieran ordenado que los asesinara, entonces sentiría piedad por él. Pero ¿qué estoy diciendo? Mi caso es mil veces más grave. Yo sólo voy a matar a mi último hijo. Después de cometer mi crimen, mi esposa y mis dos hijos seguirán viviendo. Me odiarán, nunca me comprenderán. Y yo lo comprenderé. No añadiré la complacencia a la lista de ignominias de las que soy culpable, pero no obstante me permito decirle a Dios que mi destino me parece inadmisibile. Job era un justo. Supongo que mi inferioridad en relación con Job es no haberme planteado nunca la fe en serio. Eso no impide que, si se me castiga por eso, resulte indigno por parte de Dios. No tengo derecho a juzgarle, ¿verdad? ¿Acaso me arriesgo a algo peor que lo que me va a pasar? Dios, te lo digo, tú no eres un aristócrata. No te conozco.»

Tres horas de insomnio más tarde, recordó, con una risa amarga, la frase de Stendhal: «La única excusa de Dios es que no existe.»

«Blasfemo, ¿no? Pues me gustaría blasfemar todavía más. Creo que estoy al límite de mis fuerzas.» A las cuatro de la madrugada, Dios tuvo piedad de ese pobre hombre tan poco dotado para el odio. Se durmió.

Cuando Neville se despertó, se asombró tanto de haber tenido derecho a un sueño que sospechó había sido consecuencia de una intervención divina. Pero el recuerdo del crimen que debía cometer unas horas más tarde borró esa impresión.

Por suerte, por así decirlo, no le faltaba trabajo. Había reclutado a chicos y chicas del pueblo para el servicio: Henri los recibió y les explicó cómo proceder.

La joven soprano Pascalina Ponthois desembarcó antes de lo previsto. Demasiado ocupado para recibirla, el conde llamó a Sérieuse:

–Acompaña a la señorita Ponthois a dar una vuelta por el bosque. Tiene diecinueve años, seguramente tendréis muchas cosas de que hablar.

Sérieuse lo miró como a un retrasado mental y obedeció a regañadientes.

La florista había confundido el pedido del Pluvier con el del tanatorio de Meix-le-Tige: fue necesario ayudar a Alexandra a resolver este problema tan incongruente.

Électre dudaba de la calidad de sus merengues y su padre tuvo que zamparse cuatro para persuadirla de que estaban excelentes. Comer cuatro merengues en tales condiciones resultó un suplicio.

Hubo que enviar a Oreste con el coche a casa del barón Snoy para recargar la batería.

En medio de toda aquella agitación, Neville se iba representando mentalmente el acto que debía cometer por la tarde: una descarga eléctrica le recorría entonces sin que tuviera derecho a gritar.

Hacía un tiempo espléndido.

Cuando Sérieuse regresó de su paseo con la cantante de ópera, Henri le dijo:

–Ve a arreglarte, querida, los invitados llegarán de un momento a otro.

–Estoy bien así. No tengo intención de cambiarme.

La joven iba de luto. Su padre no hizo ningún comentario. «A estas alturas», fue su único pensamiento.

El animal escénico que llevaba en su interior se manifestó desde el principio de la fiesta. El conde no podía evitarlo. Desde el mismo momento en que los invitados lo veían, se sentían a gusto. Les sonreía exclamando:

–¡Está usted aquí! ¡Qué amable por su parte haber venido!

Neville era más sincero que nunca al optar por aquella fórmula de bienvenida. Una parte de su ser consideraba que aquellas personas demostraban su valentía al desplazarse hasta aquel asilo de alienados.

Repartía abrazos, hacía el besamanos, estallaba en calurosas carcajadas, elogiaba los vestidos, se alegraba de una recuperación, celebraba el éxito de un proyecto, lamentaba una muñeca torcida, se asombraba ante el crecimiento



de los niños. Era el anfitrión absoluto, solar, como si no hubiera hecho otra cosa en la vida.

Alexandra no pudo impedir decírselo:

–Se te ve exultante.

–Te devuelvo el cumplido. ¿Cuál es este vestido que te sienta tan bien?

–Viejo marido, hace veinte años que conoces este conjunto.

–Es raro, una esposa que conserve una línea tan excepcional.

El Pluvier resplandecía. Su tonalidad sutil irisaba entre la luz otoñal.

–Su castillo está pletórico –le decían a Neville.

Él sabía que no era verdad, pero le hacía ilusión. «Amor mío, nunca has estado tan hermoso. A partir de esta noche, estaré en la cárcel. No volveré a verte. Te echaré de menos.»

Incluso Cléophas de Tuynen le pareció simpático.

Évrard llegó con un poco de retraso:

–Perdóname, querido Henri. Sé que tienes previsto asesinarme; estaba redactando mi testamento.

Oreste y Électre deslumbraban a la concurrencia con su esplendor.

–¿Has visto? Sérieuse va de negro –dijo Alexandra a su esposo.

–Ya me he fijado.

–Le queda bien, ¿no te parece?

–Quizá.

La condesa cogió dos copas de champán y le ofreció una al conde:

–Bebamos por el éxito de esta garden party –propuso ella.

Bebieron.

–¡Pero si es nada más y nada menos que un Laurent-perrier cuvée Grand Siècle! –exclamó ella.

–Tú sí que tienes criterio, mi amor.

–Es una locura, cariño. Creía que éramos pobres.

–Precisamente por eso.

–Entiendo.

Los invitados se dispersaban por el jardín con una armonía difícil de atribuir al azar. Neville reconocía en ello los síntomas de una recepción lograda: la gente lo estaba pasando en grande. Preocupado por la belleza que emanaba de todo el conjunto, daban lo mejor de sí mismos: sus movimientos fluían unos sobre otros, sus palabras tenían la ligereza y la gracia de los

poemas en prosa. Nadie intentaba destacar e incluso los timoratos accedían a una forma de existencia.

«¡Qué agradable resulta este espectáculo a mis ojos, mis oídos y mi mente!», se dijo su anfitrión. «¡Y pensar que estoy a punto de destruir para siempre este mundo perfecto! No sólo voy a asesinar a mi hija, es a este universo al que voy a poner fin. Soy el último representante de una cortesía anticuada, de un exquisito arte de estar juntos. Después de mí, sólo quedará frivolidad.»

Admiraba su propia obra con orgullo y amor cuando vio cómo Sérieuse se acercaba con expresión hermética. Le habló con el corazón: «Todo el mundo es feliz aquí, todo el mundo disfruta de la fiesta, sólo tienes que estar aquí, pero no, esto no te basta, tienes que sufrir y que tu sufrimiento borre el resto.»

Se rogó a los invitados que se dirigieran al fondo del jardín para el recital.

La cantante de ópera anunció que iba a interpretar lieder de Schubert reagrupados bajo el título de *El canto del cisne*.

–Fueron escritos para un tenor, pero no soy la primera soprano que los interpreta.

Henri se marchó subrepticamente. Subió hasta lo alto de la torre, allí donde había guardado el arma. Por la ventana, miró a la concurrencia que escuchaba a la soprano.

«*El canto del cisne*», pensó. «Juiciosa elección.» Estaba demasiado lejos para escuchar el lied o incluso para distinguir los rostros, pero sintió que el público levitaba.

«A la pequeña Ponthois no le falta talento. ¡Y pensar que voy a estropearlo todo con mi rifle 22 largo!» Se dio a sí mismo la orden de no volver a pensar en ello y regresó al jardín.

Caminó hasta el fondo del jardín sin disimular la escopeta de caza. Nadie se fijó en ella. Cuando se unió al grupo, Pascaline Ponthois iniciaba *Ständchen*. La gente estaba bajo el encanto absoluto.

«Actuaré cuando termine», decidió él acercándose a su hija. Ella le pasó una nota. Leyó: «No me mates. He cambiado de opinión.»

Sin que pudiera contenerla, una inmensa cólera se apoderó de él: «Si a estas alturas cree que la voy a perdonar... Además me advirtió que no tuviera en cuenta un desistimiento de último segundo. ¡Así tendrá que ser, así tendrá que ser!»

A su alrededor, los espectadores vibraban con las estrofas de *Ständchen*. Único en su especie, Henri absorbía aquella desgarradora dulzura para convertirla en violencia. Se fijó en el rostro de Sérieuse: estaba llorando.

«Demasiado tarde para las lágrimas, hija mía. Cuando la música termine, actuaré.»

Henri sentía una rabia comparable a la del general inglés descubriendo, al final de *El puente sobre el río Kwai*, que unos resistentes de su campo se disponían a hacer explotar el puente que los soldados japoneses les obligaban a construir: sentía afecto por la monstruosidad que tanto esfuerzo le había costado.

Al acabar la música, Sérieuse le cogió la mano y se lo llevó aparte.

—Ya no puedo morir.

—Me da igual. Me hiciste jurar que no escucharía tus protestas. Así tendrá que ser.

—Es la música. Me ha trastornado.

—Pequeña estúpida, ¿no habías escuchado nunca música en tu vida?

—Ésta no. Es Schubert. ¡Con el tiempo que llevo buscando experimentar una emoción! Mírame: ahora siento demasiadas.

—¿Estás teniendo «vivencias»? ¡Razón de más para aniquilarte!

Ella rió a través de las lágrimas.

—Papá, la maldición se ha roto. Es como si la voz de la soprano hubiera destruido la coraza que me oprimía el corazón.

—Me importa un bledo. Tengo un contrato que cumplir.

Apuntó a la cabeza de su hija.

—No, es inútil que malgastes tu existencia matándome, ¡quiero vivir!

—Eres una chiquilla odiosa y cruel, una insoportable veleta. ¿Por qué tendría que tener piedad de ti?

—Porque ahora soy feliz.

—Me da igual. Moriré culpable, como todo el mundo. Tengo que cumplir la profecía.

—Papá, vamos, esa profecía no tiene ningún sentido.

—Ayer no decías lo mismo.

–Quería convencerte, pero vamos, ¿cómo darle crédito a una pobre mujer que añade que después del asesinato todo irá bien?

–Eso no me lo creo. Lo dijo porque le convenía, por educación.

–¡Por educación! ¡Esa vidente transgrede el principio mismo de toda profecía, que consiste en no profetizar nada que no te hayan pedido que profetices!

–¡Quiero matarte igualmente! ¡Me has estropeado la garden party!

–¿Bromeas? Nunca fue tan exitosa. La gente está encantada.

–Yo no. Llevo tres días infernales por tu culpa.

–Sin duda había que pasar por ello para salvarme.

–¡Maldita egoísta!

–Tienes razón. No vas a matarme por eso.

–En toda novela honorable, cuando se menciona una escopeta, debe ser utilizada.

Sérieuse le arrancó la escopeta de las manos a su padre y la tiró al estanque.

–Problema resuelto –dijo–. Regreso a escuchar la música.

Henri permaneció estupefacto mirando el lugar en el que el agua se acababa de tragar el rifle 22 largo, intentando comprender la pesadilla de la que, sin conseguirlo, parecía estar despertando.

Acabó regresando al jardín, donde el recital tocaba a su fin. Pascaline Ponthois fue ovacionada. Sérieuse se deshacía en sollozos.

«Esta chiquilla es de lo más grotesco», pensó, aturdido. «Supongo que son cosas de juventud que tienen que pasar.»

Neville observó que una sirvienta estaba mareada y titubeaba. Se acercó para sujetar su bandeja, cargada de copas de champán, quiso ir a dejarla sobre una mesa pero tropezó; la bandeja voló por los aires y aterrizó en el cogote de madame Van Zotternien, a la que desnucó. Murió en el acto.

Todo el mundo testificó que había sido un accidente. Madame Van Zotternien era una vieja viuda avara y malvada a la que nadie soportaba.

Cuando se hizo la lectura de su testamento, se descubrió que legaba su fortuna, que resultó ser considerable, a Henri Neville, por quien desde siempre profesaba una ridícula y afortunadamente insospechable pasión.

Gracias a esos milagrosos millones, ya no se habló más de vender el castillo. Ahora mismo se inician las obras de reparación del tejado.

*Título de la edición original:*

Le crime du comte Neville

Edición en formato digital: mayo de 2017

© de la traducción, Sergi Pàmies, 2017

© Éditions Albin Michel, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2017

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3808-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)

[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)

AMÉLIE NOTHOMB

---

*El crimen  
del conde Neville*



ANAGRAMA  
Panorama de narrativas